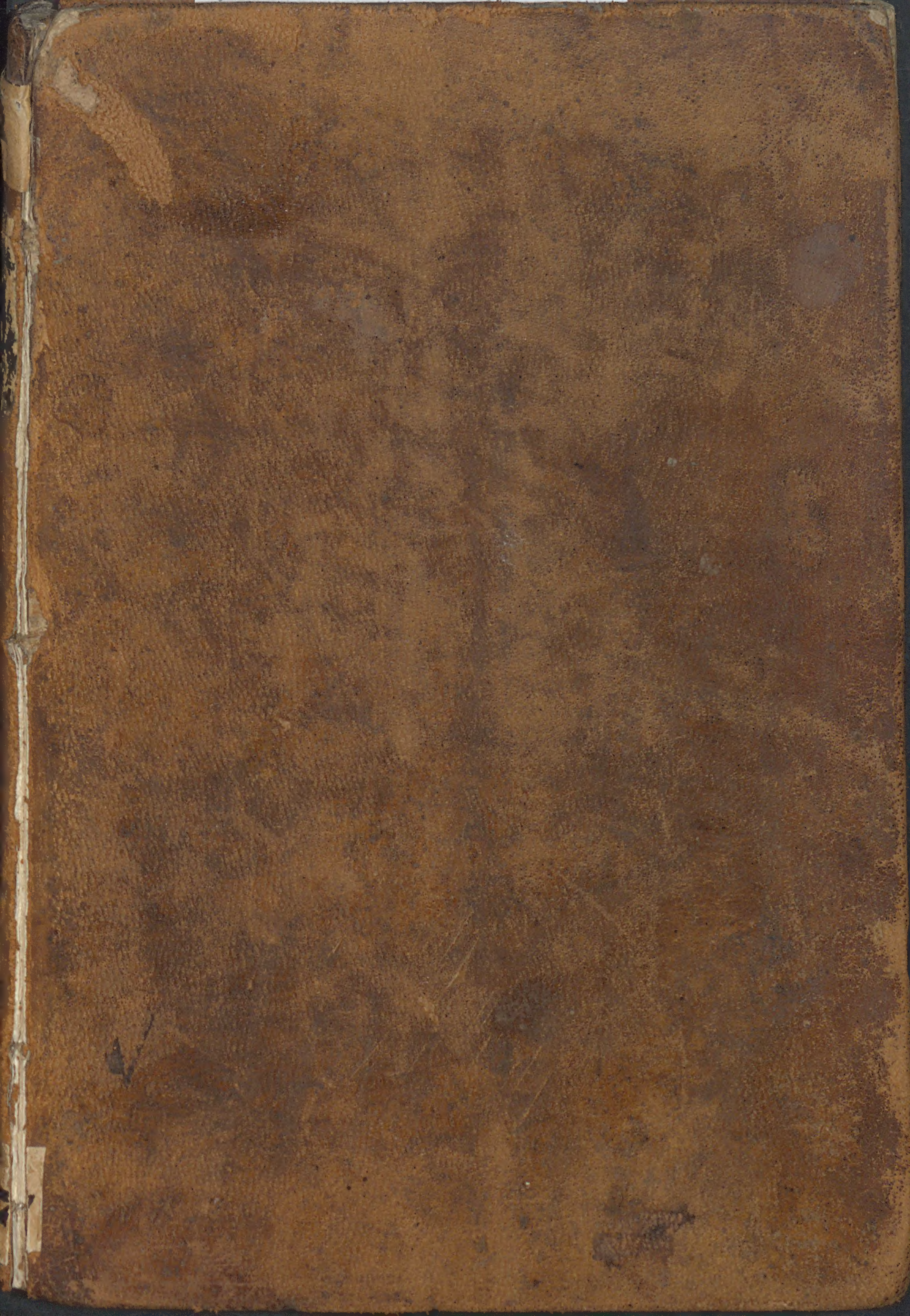
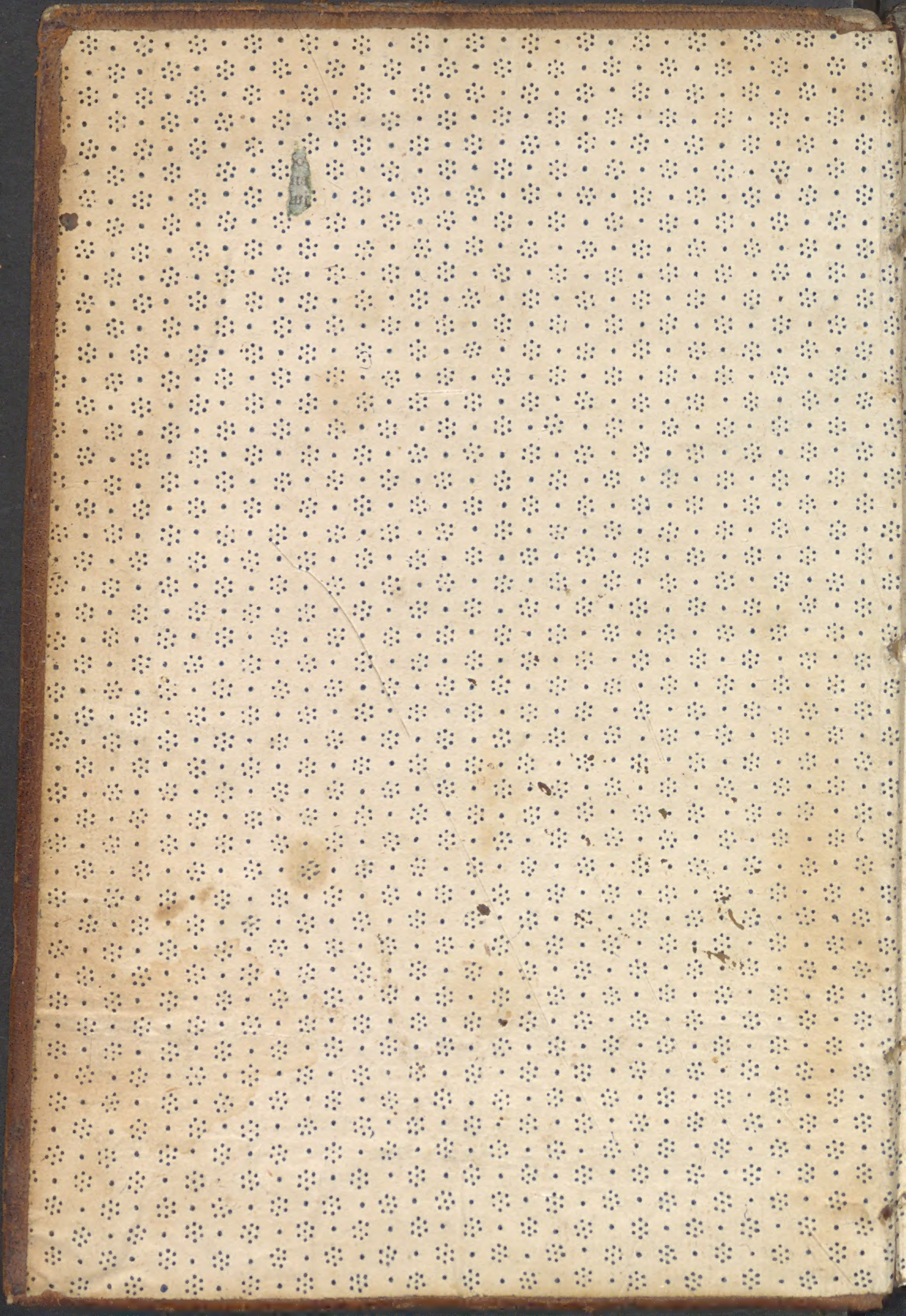
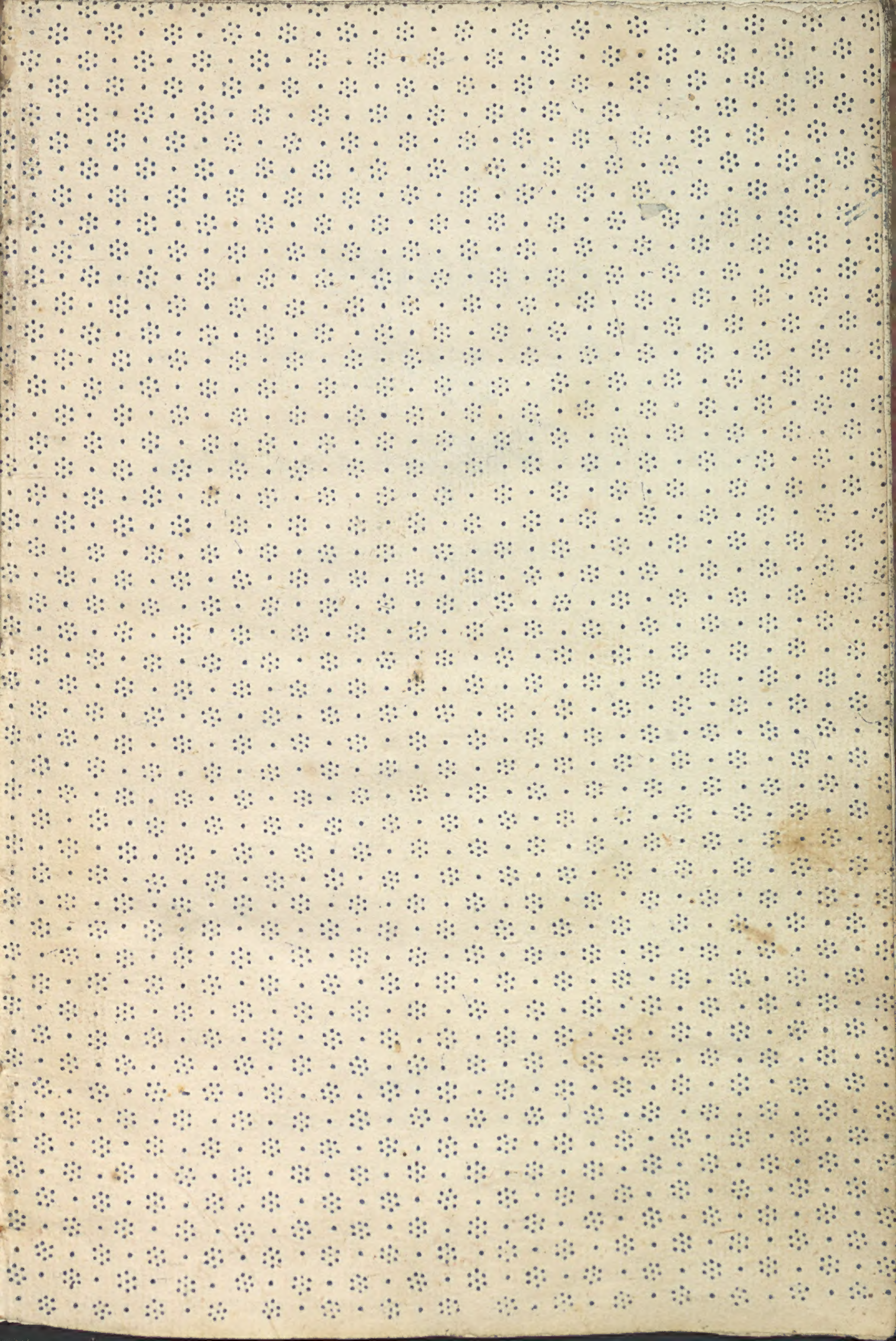




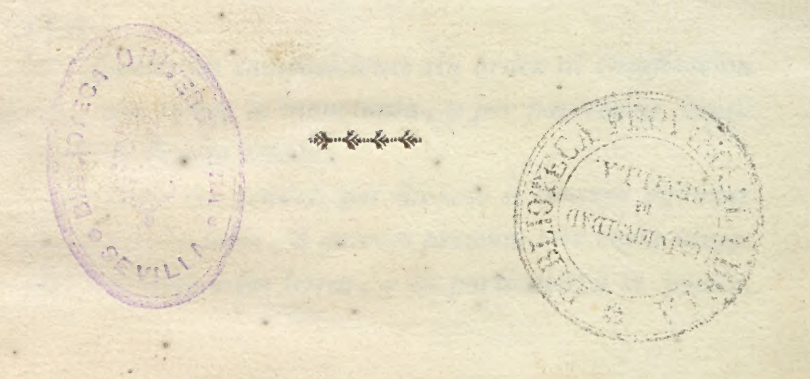


POESIAS

DE

DON ANGEL DE SAAVEDRA,

REMIREZ DE BAQUEDANO.



CADIZ: 1814.

IMPRENTA PATRIOTICA.

A cargo de D. Ramon Howe.

ADVERTENCIA.

Por complacer á mis amigos, que desean tener copias de mis composiciones poeticas, y por evitar lo que se desfiguran estas (sea qual fuere su mérito) en los traslados manuscritos; me he dedicado algun tiempo á limarlas y corregirlas, y me he atrevido á darlas á la prensa.

La mayor parte de estas poesias estan pensadas y escritas ó enmedio de las incomodidades de una guerra activa, ó entre el manejo de negocios áridos y enfadosos; sirviéndome de distraccion de las fatigas militares, ó de desahogo de los desvelos del bufete.

En todas ellas he procurado imitar la sencillez en el modo de decir y de presentar los pensamientos, que ostentan nuestros poetas del siglo XVI. Y aunque no me lisonjeo de haberlo conseguido, me contento solo con haberlo intentado.

He colocado las composiciones sin órden ni clasificacion alguna, por evitar la monotonía, y por parecerme inutil en las obras de esta especie.

Finalmente me tendré por dichoso si consigo agradar en algo á mis lectores, á quienes presento esta corta muestra de mi aficion á las letras, y en particular á la poesia.

Es de Maria del Pilar Andres de la Camara y Liaño

Es de Maria del Pilar Andres de la Camara y Liaño

Pilar Camara y Liaño

INDICE.

CANTILENAS.

EGLOGAS.

EPISTOLAS.

LETRILLAS.

ROMANCES.

ODAS.

SONETOS.

POEMA.

CANTILEÑA:

Vólvamonos, ó Lesbia,
Volvámonos al campo.
Léxos de mi la corte,
Léxos de mi cuidados.
Dexa á los ambiciosos
En pos de honores vanos
Con fatigoso anhelo
Correr desalentados,
Que vale mas mi chozo
De paja fabricado,
Que los labrados techos
De los grandes palacios.
Ellos con su soberbia
Las nubes taladrando,
Si insultan á los cielos
Temen de cerca el rayo;
Mi chozo en tanto humilde
En su humildad fiado
No teme á la tormenta,
Que de él nadie hace caso:
Pues entre duras rocas,
Y en mares alterados
Peligran mas las naves
Que los pequeños barcos.
Dexemos el bullicio
De corte y cortesanos:
Que aquí todo es zozobra
Y todo sobresalto.
Volvámonos, ó Lesbia,
Volvámonos al campo.

ODA.

Hondo mar espumoso,
Que de la Luna la argentada planta
A besar presuroso
Subes con ronco hervor que al orbe espanta;
Combatiendo tus olas
Las extendidas costas españolas:
No agites mas tu seno
Al influxo del carro de Lucina,
Quando de plata lleno
A tus instables limites se inclina,
N. obedezcas sañudo
El fiero enojo del hivierno crudo.
De hoy mas solo obedece
A los ojos de Amira enardecidos.
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos
Y segun quiera Amira
Muéstrate en calma ó muéstrate con ira.
Si la ves enojada
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rompete altanero,
Y estas peñas azota
Y con ellas airado te alborota.
Y por darle venganza
Une tus hondas con el raudo viento,
Al polo te abalanza,
Apaga el Sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelva á la nada le parezca.
Mas si sus ojos bellos
Estan en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.
Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece
Y á la luz de sus ojos resplandece.
Y con manso ruido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
A la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos

Corales y esmeraldas por despojos.
Y esta ribera amena
Al roxo despuntar del claro dia
Dexa de conchas llena,
De caracoles y de espuma fria,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en si retrata.
Así ó mar anchuroso
Solo en ti tenga influxo y eficacia
El semblante amoroso,
Lleno de magestad, dulzura y gracia,
De la divina Amira,
Por quien tanto amador tierno suspira.

SONETO.

Viene en pos del hivierno perezoso
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el vergel colora
Y baña el aura el bálsamo oloroso.
En pos de obscura noche el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora
Y rasga el negro manto tenebroso.
Despues de la borrasca embravecida
Sosiega al mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.
Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Solo yo ¡ay triste! acabaré mi vida
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

ROMANCE.

Entre verdes olivares
Y deliciosos bergeles
Corre el Bétis caudaloso
Regocijado y alegre,
Despues de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucia
Y antiguo alcazar de reyes.
En su orilla deliciosa,
Al tiempo que el Sol luciente
Da lugar à las tinieblas
Y el mar de Atlante muere,
Zelinda llorosa y triste
Mira al Cielo y se enternece,
Mira á las flores y llora,
Mira al agua y perlas vierte:

Y al contemplar en el rio
Sospirando muchas veces,
Abre sus divinos labios,
Y de este modo hablar suele.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegria.
Decid á Silvio
Que vuelva aprisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que vuelva
Por su Zelinda
Pronto, si quiere
Hallarla viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Esto Zelinda graciosa
Repetia muchas veces,
Dando vida á los peñascos
Y á las arboledas verdes,
Y en una ocasion el rio
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas
Respondiola de esta suerte:
¿ Como quieres que apresure,
Dime ingrata mi corriente;
Si me paran tus oxuelos,
Y tus gracias me detienen?

LETRILLA.

Decidme, Zagales,
¿ Que fuerza tendrán
Los ojos de Lesbia,
Que asi me hacen mal?
Desde que los vide
Ni se descansar,
Perdì mi reposo,
No puedo parar.
Sin duda que fuego
Oculto tendrán,
Pues quando me miran

Me siento abrasar.
Mas no da este fuego
Incomodidad,
Sino solamente ...
No lo se explicar.
Decidme, Zagales,
¿ Que fuerza tendrán
Los ojos de Lesbia,
Que así me hacen mal?

ODA.

A LA DECLARACION DE ESPAÑA CONTRA LOS FRANCESES.

¿ A dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco son de mi acordada lira,
De suaves mirtos ántes adornada,
Y hora de verde lauro ?... ¿ A donde osada
Lleva su acento ?... Hasta el remoto Cielo,
Y al impulso del númen que la inspira
Ya ni penas respira,
Ni amorosos sonidos,
Ni gustos, ni ternezas, ni placeres.
Ni arrullos de Citeres;
Sino muertes y horrores y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que qual ronca trompeta atruena el viento.
¿ Pero que agitacion mi pecho siente ?
¿ Que turbacion embarga el alma mia ?...
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pie imprimo
Jamás hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el dia,
Allì mi fantasia
Cercano mira el cielo,
Y qual neblí que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Así atrevida mi sobervia planta
A los roxos celages se adelanta.
Y dende allí con sonoroso acento
Que al trueno ensordecer tal vez pudiera,
Del Norte al Sur, y del nevado Oriente
Hasta do esconde el Sol su carro ardiente;
Pasmando el soplo agitador del viento
Y de Jove templando la ira fiera,
Canto con voz guerrera
El ardor de Belona,
Y aquellos esforzados Adalides,

Que triunfando en las lides
Toman asiento en la sublime zona,
Do se adornan con lauros eternales
Y se visten de rayos celestiales.
Allí Cortés, allí Cortés reposa
Glorioso domador del Occidente,
Y un mundo está á sus pies encadenado,
Allí Bazán divino coronado
De viva lumbre y rama victoriosa
Sentado á par está, con el valiente
Asombro del Oriente,
El jóven de Austria el ínclito guerrero,
Terror de los altivos musulmanes.
Y ceñidos de acero
Los Cordovas allí, con los Guzmanes,
Nobles caudillos de la patria mia
Que España solo producir podia.
A ti canta mi voz, ínclita España,
Y á tus valientes hijos, que supieron
Domar la tierra y mar, y con sus manos
Lanzaron á los fieros africanos
Al clima abrasador. Los que la saña
Del furibundo Marte, combatieron,
Y mudo asombro dieron
A la Sarmacia helada,
A Galia altiva, á mundos ignorados,
Al Africa abrasada...
¿ Pero á que busco siglos ya pasados,
Quando hoy mi patria, dando al orbe espanto,
Ofrece nuevos hechos á mi canto?
Desde las rotas nubes estoi viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiero ardor hervir, y miro á Marte
Enarbolar el líbido estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y herido rechinar el ege ardiente.
La quadriga ferviente
Agita ya, las fieras
Escuadras alzan belico alarido,
Al hórrido sonido
Veo tremolar pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarin con roncos sones.
Venganza dice el animoso viento
En las cuevas hondísimas zumbando.
Venganza dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas;
Venganza dice el alto firmamento
Hórrisonas tormentas agitando.
Venganza contra el bando



De los galos traidores,
Que ascondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores;
Volviendo alevemente sus abrazos
En ferreos grillos, y en traidores lazos.
Al ronco son de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis, el Guadiana, el Duero,
El Segura y el Ebro levantaron
Las frentes, y á sus hijos convocaron
Para empuñar la vengadora lanza,
Dando al mundo pavor su aspecto fiero.
Al estruendo guerrero
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Imitan el valor de sus mayores:
Y en su ayuda se animan al instante
De Bernardo los miembros de gigante.
Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los heroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando horror del Agareno,
De saña y noble ardor el pecho lleno
Juran vengar su patria profanada;
Y obscurece su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.
De la constante y fiel Cesaraugusta
Lauro inmortal coronará la frente,
Y en vano tus horrendos escuadrones
Contra sus arruinados torreones
Sañuda agitarás, ó Galia injusta;
Que el raudo Ibero en su velóz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente,
Que tu aleve lanzastes
Por tu mal en los términos de España;
Pues la valiente saña
De los mismos, que inermes provocastes,
Arrolla por do quier tus fieras aces
Y cautiva tus aguilas rapaces.
Como al furor del aminoso viento
Desparece la espiga ya tostada
Envuelta en remolino polvoroso;
Así la hueste del frances doloso
Se abate y desparece en un momento,

Del ardor español arrebatada:
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrion guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera;
Que al valor de la Hesperia se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.
Hoy correis, Españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro ardor la llama,
Dandole exemplo al orbe y mudo espanto:
De San Quintin, Pavía y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama,
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento,
A fuerza de ardimiento
Y de sangre libertan las naciones,
En eterno padron que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

CANTILENA.

Por un risueño prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljofares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Mas bella y mas lozana
Que Ninfa de Diana.
Mil risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban;
Y miéntras ella hermosa
Ora un clavel cogia,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto,
Mas flores producia
Aquel verde recinto,
Muy gozoso y ufano:
Pues al punto otras tantas
Como cogia su mano,
Brotaban á sus plantas.

ROMANCE.

Desde que yo vi, Zagala,

La gracia de tus ojuelos
Sin saber como ni cuando
Estoy por ti de amor muerto.
   Dicen que Cupido es
Rapaz loco y niño ciego,
Pero ni ciego ni loco
Es, zagala, á lo que entiendo;
   Pues un ciego nunca puede
Ser en el tirar tan diestro,
Como lo ha sido el amor
Acertándome en el pecho.
   Y si acaso fuera loco,
No se mostrára discreto;
Y en enlazarme contigo
Mas que loco anduvo cuerdo.
   Tambien dicen que el amor
Es fuego, mas no lo creo;
Pues siendo tu pecho nieve
Yo no se donde hay tal fuego.
   Antes el amor es agua,
Pues aquel que está queriendo
Ora llora de afligido,
Ora llora de contento.
   Y como suelen las aguas
Lentamente y con silencio
Socabar las altas peñas,
Derribar robles enteros;
   Que hasta que pierden su aplomo
Y se encuentran sin cimiento,
No se advierte el daño que hizo
El agua apacible en ellos;
   Así al corazon humano
El amor va combatiendo,
Sin que se conozca el daño
Hasta que ya no hay remedio:
Y así, divina Zagala,
Hizo el amor en mi pecho
Desde el punto en que advertí
La gracia de tus ojuelos.

EPISTOLA. (1)

Con dulce gozo y con quietud sabrosa
En la fértil ribera del Henares
Descuidado mi espíritu reposa.
   Y de fatigas libre y de pesares
Olvido los afanes cortesanos,

(1) *Se escribió á mediados del año de* 1807, *en una casa de campo cerca de Guadalaxara.*

Y á la tranquilidad levanto altares.
  Exênto aquí de pensamientos vanos,
Léxos de la ambicion y el desenfreno
Que afligen á los míseros humanos,
  Es el vivir mas dulce y mas sereno,
Mayor paz goza el alma y alegria,
Y mas bienes disfruta el hombre bueno.
  Ni escucho la confusa gritería
Del numeroso pueblo, ni el ruido
Del carro de la odiosa altanería:
  Ni miro al miserable envilecido,
Ni del privado la altivez tirana,
Ni los aduladores del Valido:
  Ni el ostentoso brillo y pompa vana
De los grandes Señores, ni el palacio
Estrecho alvergue á la soberbia humana.
  No véo de la plaza el ancho espacio
De ponzoñosa provision cubierta,
Y alimentos que al cuerpo dexan lacio:
  No ostento altivo en torno de mi puerta
Griegas columnas, ni el clarin sonoro
Perturbador del sueño me despierta.
  No piso alfombras que fabrica el Moro,
Ni me cubren dorados artesones,
Ni brindo en tazas donde brilla el oro.
  No duermo en recamados pabellones,
Ni me adorno de púrpura y brocado,
Ni habito entre magníficos salones.
  Estoi de estas grandezas fastidiado,
En ellas de la paz no se disfruta,
Y el hombre está con ellas embriagado:
  Son letargosas mas que la Cicuta,
Que aduerme los sentidos alhagueña,
Y con fingido alhago los enluta.
  Esta vida tranquila es la que enseña
Al hombre la razon, aquì es mas pura
La santa luz de la virtud risueña.
  Apetecer la pompa es vil locura,
Que el fausto y luxo y el fatal tesoro
Del mísero mortal son carcel dura.
  Mas apreciable es la quietud que el oro,
Y esta se logra quando nada altera
De la verdad el cándido decoro.
  Oxalá que posible á mi me fuera,
O Ademirto, quedarme en mi alquería,
Sin volver á la Corte lisongera.
¡Ah quanto mas colmada es la alegria,
Que se consigue en esta vida llana
Sin presenciar la odiosa tirania!
  Mas que la rica pùrpura y la grana,

Me encanta el ver estos claveles roxos
Y el rosado matiz de la mañana.
Mayor deleite encuentran los mis ojos
Al contemplar del àlamo la altura,
Y de rubias espigas los manojos;
Que al ver en la soberbia arquitectura
Plintos, columnas y altos capiteles,
Que el tiempo romperá con mano dura.
Las estatuas, los bronces, los doseles,
Que el hombre labra con altivo empeño
Para que inmortalicen sus laureles,
Son de Saturno estorbo muy pequeño;
Que todo pasa, todo se destruye,
Y se sepulta en sempiterno sueño.
Huye el poder humano, y con el huye
Su necio orgullo y su falaz grandeza,
Y al mundo nunca mas se restituye.
De nada sirve atesorar riqueza,
Que la segur del tiempo no detiene,
De nada sirve la marcial fiereza.
Todo el poder humano se sostiene
En fragil barro y en humilde lodo,
Y á dar en brazos de la muerte viene.
Las fieras huestes del valiente godo,
Los bravos capitanes, que asombraron
Al orbe se acabaron de este modo:
Cartágo y Roma fueron y pasaron,
Su grandeza voló qual humo leve,
Y en escombros y olvido se tornaron.
¿Y aun hay mortal tan ciego, que le mueve
Pompa engañosa de soberbia humana,
Y que al bullicio su ambicion le lleve?
¡Quan feliz es la vida honesta y llana!
Desde que vivo en este despoblado
Nada enturbia mi gozo, ni me afana.
Rompiendo el suelo con el corbo arado,
O podando las vides cariñosas,
O entre las blandas flores recostado
Gozando la fragancia de las rosas,
Y entonando dulcísimas canciones
Paso aquí las mañanas deliciosas;
Hasta que los flamígeros bridones
Llegando al elevado meridiano,
Iluminan del globo las regiones.
Entonces quando el álamo lozano
No causa sombra aunque pomposo sea,
Y con espesas ojas esté ufano;
Tiempo en que el ganadillo se recrea
En beber la corriente sosegada,
Y en que descanso el segador desea;

Me retiro gozoso á mi morada
A dar al cuerpo trabajado aliento
En una mesa limpia y moderada.
Y luego que he tomado algun sustento
Salgo á gozar del zéphiro templado
Y á buscar en los campos el contento.
De un fogoso bridon azabachado
Oprimo el lomo, y revolviendo el freno
De albicantes espumas argentado,
Recorro el sacro bosque y prado ameno
En pos de la cervata pavorosa,
O en pos del javalí de cerdas lleno.
U oculto entre la hierva deliciosa
Aprisiono con red de hebras sutiles
La codorniz en vano cautelosa:
O miro qual se van à sus rediles
Retozando mis blancas ovejillas,
Al son de los rabeles pastoriles.
Y me encanta el mirar á mis novillas
Qual despuntan la grama y tiernas flores,
Y las güaldas y azules maravillas.
Y escucho como cantan mis pastores,
Al dulce son del agua placentera,
Sus sencillos y placidos amores.
Sí mi Ademirto así de esta manera
Paso la vida en este despoblado,
En calma muy tranquila y lisonjera.
Plugiera á Dios que á tí te fuera dado
Venir á disfrutar estos placeres,
Y á pasar algun tiempo aquí á mi lado:
Dexa una temporada tus quehaceres,
Y vente sin tardanza á esta alquerìa
Mas hermosa que Pafos y Citeres,
Donde conseguiràs pura alegria
Y vida muy tranquila y sosegada
Sin encontrar disgusto en todo el dia.
Enmedio de una vega dilatada
Por donde Henares corre caudaloso
Esta pequeña casa está fundada.
No la guardan rastrillo ni ancho foso,
Que como de la paz es la manida
No teme al enemigo poderoso.
De sauces y de chopos guarnecida
Se muestra esta llanura, y de mil flores
Y de verdosa gramà está vestida.
Amorosos y dulces ruiseñores
Son rémoras suavìsima del viento,
Publicando sonoros sus amores.
Las ovejillas que de ciento en ciento
Ocupan estos valles y laderas,

Buscan entre las flores el sustento.
  Eternas son aquì las primaveras,
Y siempre fruta, y flores, y verdura
Ostentan estas selvas placenteras.
  La atmósfera se muestra siempre pura
Y el firmamento plácido y sereno
Sin que empañe su brillo nube obscura.
  Jamás el rudo y resonante trueno
Hace temblar los árboles pomposos,
Ni turba la quietud de este terreno.
  Jamás estos contornos deliciosos
Han sentido de Marte la pujanza,
Ni vieron sus estragos horrorosos.
  Nunca jamás se fabricó una lanza
De las robustas ramas de estos pinos,
Para ser instrumento de venganza:
  Ni escucharon los montes convecinos
El estruendo del bronce resonante
Ni del clarin los toques repentinos.
  La paz con este suelo fué constante,
Pues solamente siempre lo han hollado
Bueyes uncidos ó ganado errante.
Nunca el carro de Marte lo ha rodado,
Que su seno tan solo ha sido abierto
Por el fecundo diente del arado.
Siempre de espigas se miró cubierto,
Y jamás de sodados sanguinosos,
Ni con sangre, y con llanto y horror yerto.
  Tranquilidad y tiempos deliciosos,
Y sosiego y eterna primavera
  Reynan en estos sitios venturosos,
De donde nunca yo salir quisiera.

LETRILLA.

Entre estos peñascos
Y arboledas verdes
Admiro tus gracias,
Lloro tus desdenes:
Al son de mi llanto
Repitiendo siempre,
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.
  Mis tristes acentos
El aire ensordecen,
Llenan estas selvas,
Prados y vergeles;
Y el eco repite
De su oculto alvergue,
Lesbia, ingrata Lesbia,

Yo soy quien te quiere.
  Corre este arroyuelo,
Que á mi llanto crece,
Y regando el prado
Bulliciosamente
Dice, entre las guijas,
Con quien hablar suele,
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.
  Los troncos, las aves,
Las flores, las fuentes,
Los ecos, las peñas,
Los zéfiros leves
Todos me remedan
Repitiendo siempre,
Lesbia, ingrata Lesbia,
Yo soy quien te quiere.

ODA.

¡Ay qual el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado y se levanta
Compelido del Abrego silvoso,
Con tal furor, que espanta!
  Bramando viene el uracan sañudo,
Y las concavidades espantosas
Retumban á lo léjos temerosas,
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.
  La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro, y de pavor el suelo
Pasmado y confundido.
  ¿Y sacas, pobre Tirsi, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?...
¿No oyes gemir el animoso viento?...
Vuelve, mísero, vuelvete á la orilla...
Muda, muda de intento.
  Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¡Que intentas! Ay! sin esperanza alguna?
¿Quando á besar la planta de la Luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?
  Mira esta playa, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos y de leños graves,
De quebrantados mástiles y antenas,
Y de robustos traves.

Guarte mi Tirsi, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable:
Advierte que el destino inexórable
No respeta las regias portañolas,
Ni su orgullo espantable.

SONETO.

En tanto que tu cándido semblante
De la azucena y la purpurea rosa,
Y de la primavera deliciosa
Es afrenta con brillo rozagante;
Escucha las querellas de tu amante,
Y demuestrate afable y cariñosa:
Antes que la cansada y enojosa
Vejez tu linda juventud espante.
Como el hivierno los rosales hiela,
Así helará tu flor tierna y temprana
El crudo tiempo, que en tu daño vuela,
Goza y disfruta de tu edad lozana,
Concedele á tu amante lo que anhela,
Antes que llores tu dureza vana.

EGLOGA.

POETA. DELIO. SILVANO.

POETA.

Del Bétis olivoso en la ribera
Se encuentra un verde y delicioso prado,
Do eternamente asiste Primavera
Y de Fabonio el soplo regalado:
Siempre apacible la celeste esfera
Muestra su faz, sin que Uracan airado
Ni ronco son de resonante trueno
Trastorne la quietud de aquel terreno.
Flexîbles sauces, alamos pomposos
Alzan altivos la soberbia frente,
Y enlazando sus ramos amorosos
Del sol quebrantan el rigor ardiente:
Allí mil paxarillos sonorosos,
Qual con voz dulce, qual con voz doliente,
Lloran sus celos, cantan sus amores
Ocultos en las ramas y en las flores.
En este ameno sitio, al fresco viento,
A la sombra de un alamo acopado,
Con amoroso y dulce sentimiento
Delio se lamentaba acongojado:
Al triste son del lastimoso acento

Encaminó Silvano su ganado,
Y miéntras los corderos retozaban
Los dos pastores de éste modo hablaban.

SILVANO.

No te encuentro, zagal, como solia
Pintado el gozo en tu lozana frente,
En tu hermoso semblante el alegria,
Y cantando tranquila y dulcemente:
¿Que adversa estrella, que deidad impia
Tu contento ha borrado de repente?
Dime Delio ¿Porque de tal manera
Inundas con tu llanto esta ribera?

DELIO.

Dexa Silvano, que mi cruda suerte
Y mi dolor acaben con mi llanto;
Pues es mi pena tan amarga y fuerte
Y da á mi triste pecho tal quebranto,
Que solo anhelo que la dulce muerte
Me conduzca á los reynos del espanto
Mas ¡ay! mi sentimiento es tal, que creo
Que no podrá borrarlo el rio Leteo.

SILVANO.

¿Que desastre, pastor, tierno mancebo
De tal manera puede enagenarte,
Quando te favorecen Pan y Febo
Y los dos de su numen te dan parte?...
Para tu grey abunda el pasto nuevo,
Y no cesan jamas de tributarte
Leche abundante, y plácidos corderos
Tus pintadas ovejas y carneros.

DELIO.

¡Ah Silvano feliz, pastor dichoso!
Me he visto sí, me he visto afortunado,
Pero el amor tirano y alevoso
Mi tranquilo descanso me ha robado:
Un tiempo tuve paz, fui venturoso
Pensando solamente en mi ganado,
Pero era porque amar aun no sabia,
Ya sé amar, y se abrasa el alma mia.

SILVANO.

Bien conozco, pastor, que el niño ciego
Tiende por nuestro mal redes de engaño;
Brinda delicias y derrama fuego,
Y en hábito de bien presenta el daño:
Pero de tu mortal desasosiego,

Entretanto que pace tu rebaño,
Dame parte, podrá tu sentimiento
Darme sin la experiencia el escarmiento.

DELIO.

Mandasme renovar, Silvano amigo,
La grave herida, que pasó mi pecho;
Pues tan duro el destino fue conmigo,
Que aquí me tiene en lágrimas desecho:
Do el alto cielo al fin será testigo
Del término fatal de mi despecho;
Pero escucha, pastor, la pena mia,
Antes que acabe de ausentarse el dia.
Cerca de esta ribera deliciosa
Hay un bosque de mirtos y laureles,
Do bálsamica el aura bulliciosa
Los rosales agita y los claveles:
Mansion tranquila, estancia mas hermosa
Que quantos aromáticos bergeles
Chipre en sus anchas vegas atesora,
En obsequio de Venus y de Flora.
En ésta para mi fatal morada,
Huyendo de la siesta los rigores,
Ayer me recogí con mi manada;
Buscando sombra entre las tiernas flores:
Del ruiseñor la lengua enamorada
Formaba suaves trinos y primores,
Y al encanto del músico alhagüeño
Venció á mis miembros apacible sueño.
A la sombra tránquilo reposaba
Y mi descanso respetaba el viento:
El páxaro sus trinos olvidaba
Y á no me despertar estaba atento;
Quando del dulce sueño que gozaba
Me sacó el blando son de un suave acento,
Que alhagando mi oido llegó al alma,
Para robarme mi apacible calma.
¡Ah Silvano! no se como me atreva
A encarecer la voz armoniosa,
Voz que en su acento mil encantos lleva
Y tras si arrastra el alma; voz sabrosa
Mas que la dulce miel, que el gusto ceba:
Voz mas que de Sirenas poderosa
Pues contra su atractivo no sirviera
Del Griego Capitan la astuta cera.
Allì miráras del gallardo toro
La inmovil atencion con que escuchaba,
Que el impulso de acento tan sonoro
Su juvenil braveza domeñaba;
Absorto vieras á la voz que adoro,

Qual la pomposa selva se humillaba,
Y notáras del Bétis la alegria,
Y como sus raudales suspendia.
  Pues no recibió nunca igual contento
Del Ismaro y del Rodope la altura,
Quando de amable canto el puro viento
Llenó el traciano armado de dulzura;
Ni al escuchar de Anfion el acento
Mostró el bosque Aracinto mas ternura:
Ni el Istro helado queda de tal suerte
Oyendo al cisne lamentar su muerte.
  ¿Si las fieras domó, si dulce sueño
Dió al bosque divinal, si embebecia
El rio con letárgico beleño
Aquella voz que el viento enrriquecia;
¿Como crudo destrozo, aunque alhagüeño,
Acà en mi corazon no esparciria?
¿Pues quien conmueve rio, rama y fiera,
Que harà con pecho y corazon de cera?
  Fuera de mi, mi espìritu anhelante
Mis pasos aguixó, conmovió el alma,
Y Cupido alevoso y malignante
Auyentó de ella la serena calma:
Quedando yo qual suele la Baccante
Quando hiere el pandero con la palma,
Que agitada de Báquicos furores
Con descompuesto pie huella las flores.
  Corro agitado á do la voz sonaba,
Que ardiente amor mis pasos dirigia,
Tímido y silencioso caminaba
Para no interrumpir la dicha mia:
Quando á la fresca sombra, que causaba
De un pomposo laurel la lozanía,
Vide una esquiva Ninfa, cuyo acento
Era la causa de pasmarse el viento.
  De blancas flores virginal guirnalda
Cercaba su cabeza rozagante,
El albo pecho y la nevada espalda
Descubiertas al zéfiro anhelante:
Y de troyana púrpura la falda
Cogida con un broche de diamante
Del blanco pie mostraba los primores,
Do humildes se postraban los amores.
  Inmóvil y pasmado y silencioso
Contemplaba la imágen lisongera;
Quando el Dios de Amatunte rigoroso
A mi pecho asestó flecha certera:
Yo entonce de la Ninfa codicioso
Quise salir de la espesura afuera,
Y al rumor de las ramas y las hojas

Empezaron mis penas y congojas.
Pues como cierva, que en el verde soto
Estando con la grama entretenida,
De los lebreles oye el alboroto
Y el rumor de la pólvora encendida:
Huye veloz al bosque mas remoto,
Para salvar la miserable vida;
Y moviendo la planta con presura,
Se acoge al monte, y dexa la llanura;
De este modo la ingrata Ninfa mia
Al escuchar mis pasos amorosos,
Cesando su cancion y mi alegria,
Con pie turbado y ojos desdeñosos
Partió ligera á la corriente fria
Del Bétis, y en sus senos sonorosos
Las formas ocultó del cuerpo bello,
Desde la planta hasta el nevado cuello.
Yo al verme de sus gracias despojado,
Faltos mis ojos de su pura lumbre,
Mi dulce atrevimiento castigado,
Trocada en amargor la dulcedumbre:
Suspenso, temeroso, desmayado,
Sin poder resistir la pesadumbre
Me derribé sobre el verdoso suelo,
Diciendo así con fatigoso anhelo:
Escucha, ó Ninfa, quanto hermosa ingrata:
Ten mas piedad del daño que causaste,
Vuelve, ó mi Sol, que tu desden me mata,
Ya me voy, no te sigo, esto te baste:
Torna á tu paz, tu dulce voz desata,
Y si conmigo solo te enojaste,
No castigues sin causa al manso viento
Privándole de tu divino acento.
Así dixe, Pastor, pero fué en vano,
Que se ascondió veloz en los raudales
Do del Bétis el Númen soberano
La esperaba en palacios de corales:
Y yo afligido del desden tirano,
Llorando triste mis penosos males,
Desmayado quedé sobre la arena,
Lamentando el rigor de mi Sirena.
Y qual el paxarillo sonoroso
Se queja entre las hojas escondido,
Quando el cazador falso y cauteloso
Roba las prendas de su dulce nido;
Tal yo mezquino, triste y congojoso,
Deshecho en amarguísimo gemido,
Fuera de mi lloraba mi tormento,
Traspasado de justo sentimiento.
En esto ya del Sol la lumbre pura

Por las mas altas cimas trasmontaba,
Y los celages de la inmensa altura
En grana y en morado retocaba:
Y yo sin olvidar mi pena dura
Mi retozon ganado amenazaba,
Y vine entre estos álamos pomposos
A repetir mis llantos amorosos.
  Aquí el amor, aquí el desden tirano
Acabarán mi congojosa vida:
Me vi feliz, pero el destino insano
Me preparaba pena tan crecida:
Adios pastor, adios mi buen Silvano,
En aquesta ribera enverdecida
Todos los que del Bétis sois pastores
Mi muerte cantareis y mis amores.

SILVANO.

Crueldad por cierto fue, pastor cuitado,
En Ninfa tan hermosa tal desvio:
Compadezco tu pecho enamorado
Y conozco de amor el poderío;
Mas no eres tú el primero que há probado
Desdenes de las Ninfas de este rio,
Que todas como bellas son esquivas,
Y no quieren amar duras y altivas.
Estos pechos formados de diamante,
Que no se ablandan á amoroso ruego,
Y se gozan de ver al tierno amante
Morir con el fatal desasosiego;
Plegue al alto poder del gran tonante,
Que lleguen á sentir de amor el fuego,
Y que entónces se miren despreciadas
Para ser justamente castigadas.

ROMANCE.

Medio dormida la luna
En su rueda aljofarada
Sus pálidos resplandores
Por los ayres derramaba.
  Y bañado en dulce sueño,
Tendido sobre la parva,
Mientras vigila el mastin,
El zagal Silvio descansa.
  Descansa y duerme tranquilo,
Porque tiene libre el alma;
Y aun no ha sentido de amor
Los arpones ni la llama.
  Pero ¡ay triste! mientras duerme
Cupido apresta la aljava,

El arco y flechas dispone,
Y duras cadenas labra
Y en quanto el zagal despierte
Al romper de la mañana,
Herirá su corazon,
Y aprisionará su alma.
Y desde el rosado oriente
A carcaxadas el alva
Se reirá de ver çautivo,
A quien libre antes miraba.
Duerme, zagalejo, duerme
¡Feliz si no despertáras!
Mas ¡Ay triste! ya blanquean
Las cumbres de las montañas,
Ya toman color las flores,
Ya de vermellon y grana
Las altas nubes se visten,
Los celages se engalanan,
Y los páxaros sonoros
Saltando de rama en rama,
Ora tristes lloran celos,
Ora alegres glorias cantan:
Y ya sale de la aldea
La desdeñosa Lisarda:
Los cabellos destrenzados
Sueltos, como lo está su alma.
Y como mil voluntades
Presa con flores la falda
Lleva, que sus presas todas
Presas están con guirnaldas.
Una cantarilla tiene
De amadores envidiada
Entre sus hermosos brazos,
Y á la fuente va por agua.
Sus ojos dos Soles son
En el cielo de su cara,
Y con ellos ilumina
Del lugar calles y plaza.
Tórnanse eu flores las piedras
Si las toca con su planta,
Y toman color las rosas
De sus mexillas rosadas.
Los ruiseñores al verla
Sus celos y glorias callan,
Y ó suspendidos la admiran
O entonan sus alabanzas.
Va cantando una letrilla
Con que los troncos encanta,
Y por la parva de Silvio
A buscar la fuente pasa.

El mastin de gozo al verla
Mueve la cola y le ladra,
Y Silvio despierta ¡ay triste!
¡Feliz si no despertara!
  Mira y admira los ojos
De la divina Lisarda,
Míralos, y amor desde ellos
Sus duras flechas le lanza.
  Se estremece el zagalejo,
Encantado se levanta,
Y ardiendo en fuego de amor
Corre en pos de la zagala.
  Ah Silvio desventurado,
¿Donde vas?... ¡Cuitado!... para:
Mira que sigues un bronce,
Y que buscas una ingrata.
  No dormirás, yo te juro,
Mas en tu tostada cama,
Que ya pasarás velando
De la tarde á la mañana.
  Adios tranquilo reposo,
Adios mastin, adios parva,
Ya en ella no habrá descanso,
Que el amador no descansa:
  Y desde que el sol se ponga
Hasta que la aurora salga
Con llanto regará Silvio
Los umbrales de Lisarda.

ODA.

AL CONDE DE NOROÑA.

O Conde, pues tu lira
Unida al son de tu divino acento
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrrojecida diestra fulminante;
  ¿Porque tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza,
Entonó entusiasmada
„*La discordia levantó su cabeza*"
Quando te oyó Castilla,
Y retumbó la octáva maravilla (1);

(1) *Noroña compuso en el Escorial la famosa oda á la paz, que empieza con el verso citado.*

Porque el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza
Y el silvido tremendo
De la nudosa y tembladora lanza,
Y el son estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso:
Y qual Belona fiera
Aguija la qüadríga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruxe el ege rechinante
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?....
Suelta otra vez al viento
La viva lumbre, que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,
Y asombre y pasme la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.
Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibéro,
Y mil y mil loores
Al ronco son del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.
Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado
Hasta do esconde el Sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.
Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.
Canta de Talavera
Y de Baylen los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias.
Y di el denuedo y brio
Del Alvionés, azote del impio.
¡Oh si me fuera dado
El númen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heróica Cìtara se inflama,
Qual de la patria mia
Las hazañas y triunfos cantaría!
Mas ay, que intento en vano
Cantar las iras del furioso Marte,

Que con sangrienta mano
Va tremolando el lìbido estandarte
Porque mi eburnea Lira
Encantos del amor sola suspira.
Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuño la sangrienta espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;
Y rebolviendo el freno
Del monstruo altivo que abortó el tridente,
De polvo y sangre lleno
Me ha visto el Sol ardiente
Hollar la muerte fiera,
Siguiendo fiel la hispánica bandera;
No es duro el pecho mio,
Ni se goza con sangre luto y llanto,
Ni con el son impío
De la trompa que infunde horror y espanto;
Que solo sus delicias
Son de Venus los gustos y caricias.
Diome Naturaleza
Sensible corazon, pecho amoroso,
Y con suave terneza
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohibe que cante
El ardor de Belona fulminante.
La inocente voz mia
Solo sabe cantar tiernos amores,
Y la dulce alegria
De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los suaves cuidados juveniles.
Pero tu egregio Conde,
A quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido.

CANTILENA.

Febo se retiraba,
Casi espiraba el dia
Y la sombra llegaba,
Su fresca lozanía
Marchitaba la rosa,
Mustio quedaba el prado;
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En su nido elevado;
Quando mi ninfa hermosa
Salió à pisar la vega,
Y de sus ojos bellos
Al resplandor brillante,
Y á la luz radiante
De sus rubios cabellos
De nuevo se desplega
La rosa entristecida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado
A purpurar sus flores,
Y á esparcir sus olores:
Y las dormidas aves
Vuelven con trinos suaves
A cantar dulcemente:
Y vuelve de repente
A comenzarse el dia,
Que al ver á mi pastora
Juzgaron que venia
Nuevamente la aurora.

SONETO.

Huye ó sueño apacible y delicioso
Del triste lecho del feroz tirano,
Que oprime al hombre con furor insano,
Y espera su venganza temeroso.
  Huye del lecho vil del codicioso,
Que se entrega á las ondas de Occeano,
En pos del oro, y si lo ve en su mano
Lo esconde, y mas y mas anhela ansioso.
  Huye tambien del bárbaro guerrero,
Que sigue el carro del horrendo Marte
Sangre inocente derramando fiero:
Ven y en mis miembros tu licor reparte
Mis párpados regala placentero,
Que en mi ningun cuidado ha de inquietarte.

ROMANCE.

Con once heridas mortales
Hecha pedazos la espada:
El caballo sin aliento:
Y perdida la batalla,
  Manchado de sangre y polvo,
En noche obscura y nublada,
En Antígola vencido:
Y deshecha mi esperanza,
  Casi en brazos de la muerte
El lazo potro aguixaba
Sobre cadaveres yertos
Y armaduras destrozadas.
  Y por una oculta senda
Que el Cielo me deparára,
Entre sustos y congojas
Llegar logré á Villacañas.
  La hermosísima Filena
De mi desastre apiadada
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.
  Registróme las heridas
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo, y la sangre
Que á borbotones manaban.
  Curabame las heridas
Y mayores me las daba

Curabame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.
  Yo no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díxela, hermosa Filena,
Basta de curarme basta.
  Mas crueles son tus ojos
Que las polonesas lanzas,
Ellas hirieron mi cuerpo
Y ellos el alma me llagan.
  Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento hora me falta.
  Dexa esa cura, Filena,
Déxala, que mas me agravas,
Dexa la cura del cuerpo;
Atiende á curarme el alma.

CANTILENA.

Por las selvas que riega
El Bétis espumoso
La hermosa Ninfa mia
Flechando el arco corvo,
Lanza contra las fieras
Sus arpones de oro.
Quantas á ver alianza
O voladores corzos,
O ardientes javalíes,
O sanguinarios lobos,
Muertas quedan al punto
A sus pies por despojo
Aun mas que de las flechas
Heridas de sus ojos.

ODA.

A LA VICTORIA DE BAILEN.

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Marìanos,
Y baxan hácia el Betis orgullosas:
Del carro Apolínar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se obscurece,
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres y los llanos,
Y las selvas humbrosas
Al son de la trompeta resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al cruxir los arneses de diamante.
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo léxos
De los bruñidos cascos los reflexos.
¿Quienes son los belígeros varones?
¿Quienes son, y do van?...¿qual es su intento?
¿Que buscan estas bárbaras legiones?...
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrílego ardimiento?...
...Ya se acercan, ya llegan presurosas,
Y dexan de la sierra la agria frente,
Inundando las vegas silenciosas,
Qual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Sobre ellas el águila altanera
Las alas tiende con audacia fiera.
¡Ay que son los sangrientos asesinos,
Que el carpentano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de horfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traicion alarde haciendo,
Tintas de sangre aun cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su Adalid, que osado
Busca nuevas naciones,
Que envolver en pesados eslabones
De matanzas y horrores no saciado,
Del Bétis huella el llano delicioso,
A su corriente audaz se precipita,
Y sus huestes indómitas agita,

Y extendiendo los ojos codiciosos
¿ Do está exclama de Esperia el poderio ?...
Presa hoy toda será del brazo mio.
¿ Pero que sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno ?...
Huye infeliz, con voladora planta:
Escucha el raudo viento
De belisono son henchido entorno :
¡ Ay, que tu aleve intento y furia loca
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente, tornanse á la nada !...
Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades,
Y el silvoso uracan. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
El númen tutelar, que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña,
Y con celeste ardor : y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Va sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rexas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, y resonando
Su voz por la espaciosa Andalucia
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra ti y tus guerreros conjuradas.
Turba el aura la sorda griteria:
Arden las fraguas, suenan los martillos,
Fundese el bronce, forjanse armaduras,
Y las cadenas y pesados grillos
Se tornan en alfanges,
Que destruirán tus hórridas falanges.
El noble monstruo, que abortó el tridente
Relinchando ardoroso
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De hierro, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, ó Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Baylen, y en los pendones
Que abatieron del bárbaro Agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas
Despliegan los castillos y leones.
Guerra repite el monte, el llano guerra,
Y guerra hay por do quier, desde la frente
De la enriscada sierra

Hasta el mar de occidente
Que azota el alto muro gaditano...
¿Y aun osas resistir?...en vano en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones;
Y animas la quadriga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vìstula y Danubio
Riegan, de tu Señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre;
De Esperia á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dexarán desechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el impuro Sena,
Y abate tronos y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.
¡Ay quanto de congoja y mudo espanto
Reyna ya entre tus bárbaros guerreros,
O Galia altiva, al ver el poderío
El denuedo y el brio
De los varones ínclitos Iberos!
Galópa ardiente el andaluz caballo
Y el ginete revuelve la cuchilla,
Tus tímidas escuadras arrollando:
El vaciado metal aborta el rayo
Y muertes lanza y tu sobervia humilla
La atmósfera purìsima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban,
Arrastran las corazas refulgentes,
Y abollados aceros
De tus soldados fieros:
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Baylen los campos, ya cubiertos
De rotas armas y caballos muertos.
Tuyo es el triunfo, España, ó patria mia,
Y de tus hijos el laurel sagrado:
Venció tu valentia
Y tu justo furor, y ya no es dado
Al frances resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mexillas moja,
La espada inùtil humillado arroja,
Y torna su furor en vil lamento;
Victoria suena el viento,

Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudo Bétis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

ROMANCE.

Dime, Anarda, rigorosa,
¿Si no quieres que te quieran,
Porque tan galana sales
A que los hombres te vean,
Apénas las aves trinan
En la vecina alameda,
Y la aljofarada aurora
Derrama en el prado perlas,
Sales por agua á la fuente
Con las demas zagalejas,
Mas blanca que la mañana,
Mas que el Alva linda y bella?
Si has de mirar tan ceñuda
A los tristes que encadenas,
¿Porque vienes à la plaza
A los bayles y á las fiestas?
Soles son tus bellos ojos,
Tus dulces risas son flechas,
Mil almas hieres si ries,
Mil pechos si miras quemas.
Y si alguno por ti muerto
De su daño á ti se queja,
O le riñes enojada,
O sus clamores desechas.
No es justo zagala ingrata,
Que dañes de esta manera,
Y que el daño desconozcas
Y remediarlo no quieras.
Yo te vi ayer en la fuente,
Y luego te vi en la fiesta,
Tornando allí en miel el agua,
Los pechos aquí en hogueras.
Quemáronme tus ojuelos,
Tus risas luego me hirieran,
Y estoy muriendo por tí,
Y tu ingrata me desdeñas.
Esto cantaba Belardo
De Anarda frente á la rexa
Al son de una guitarrilla
Poco despues de la queda.

EGLOGA.

POETA. SILVIO. DALISO.

Por entre peñascosos arenales
Guadalmedina pobre y perezoso
Tardamente dirige su carrera
Para besar las plantas imperiales
Del instable Neptuno proceloso.
Nunca se ven nacer en su ribera
La grama placentera,
Ni mirtos, ni laureles duraderos
Ni fragiles elechos; solamente
Circundan su corriente
Zarzales y espinosos cambroneros
Adelfas y beleño,
Que dan la muerte disfrazada en sueño.
  Nunca jamas el ruyseñor amante,
Cantando sus amores y su queja,
Resuena allí con delicioso acento.
Nunca jamas la tórtola constante
Llora su amor, tan solo la corneja
Desde algun yermo tronco, al raudo viento
Predice sentimiento,
Con ronca voz y lúgubre graznido,
Y en vez del soplo de Fabonio blando,
El Aquilon soplando
Forma en las peñas hórrido silvido,
Que unido al rudo trueno
Cubre de horror el árido terreno.
  En esta melàncolica morada
Desmayado y tendido en el arena,
Silvio el pastor lloraba congojoso:
De sus blancas obejas la manada,
No encontrando ni trebol ni verbena,
No gustaban el pasto ponzoñoso:
Ya iba el sol luminoso
A sumergirse en las ceruleas olas,
Y entre cárdenas nubes se escondia,
El pastor recorria
Su triste suerte con su mente á solas,
Lanzó un ay lastimero,
Y asì se lamentó del hado fiero:

SILVIO.

En vano en vano mi memoria triste
Me recuerda mi bien y mi ventura,

Que pasó mas veloz que el humo leve.
¿Porque suerte inconstante, di, pusiste
En pos de aquel contento el amargura
En este corazon que morir debe?...
,..Mi labio no se atreve
(Tan acosado está del sentimiento)
A expresar el dolor conque respira,
Y le miro que expira
Sin quejarse siquiera del tormento.
¡Ah desdichada suerte!
Ven en mi auxîlio, ven ó dulce muerte.
Ausente de mi hogar y mi alquería,
En tierra extraña, en árido desierto,
Sin hallar verde hierva, y separado
Para siempre ¡ay de mi! del alma mia,
¿Do iré aflixido por camino incierto?...
¿Do llevaré mi mísero ganado?...
¡Ah triste mal hadado!
¿Falto de bien y falto de consuelo,
Como puedo sufrir la triste vida?
¿Con saña tan crecida
Porque me mira el indignado cielo?
¡Ay desdichada suerte!
Ven en mi auxîlio, ven ó dulce muerte.
En estos arenales espinosos
Morir, morir tan solamente debo:
Mis contentos dulcísimos volaron,
Y en vano con gemidos dolorosos
A enchir estas riberas hoy me atrevo:
Pues para mi los bienes se acabaron,
Y los gustos pasaron,
Pues ya no puedo ser el que solia,
Salga el alma mezquina, rompa el velo
Vuele hacia el alto cielo,
Y busque otra alegria.
¡Ah desdichada suerte!
Ven en mi auxîlio, ven ó dulce muerte.

POETA.

Dixo, y desecho en amargoso llanto
En suspiros su acento convertia,
Sin encontrar alivio de su duelo:
Agoviado de pena y de quebranto
Poco á poco el pastor desfallecia,
Ya reclinado sobre el seco suelo,
Quando á darle consuelo:
El mayoral Daliso, aquel que fuera
Zagal en otro tiempo del Henares,
Aquel cuyos cantares

Resonaron del Tajo en la ribera;
Se acercó conmovido
Al escuchar su mísero gemido.
Llegó Daliso, y en la tosca arena
Vió al garzon de pesares abrumado
Deshaciéndose en llanto congojoso:
La faz marchita de la cruda pena,
Débil, flaco, mortal, desfigurado
Y viendo tan mudado el rostro hermoso
Se acercó cuidadoso,
Compadecido le limpió el semblante
Con lágrimas y polvo obscurecido,
Y de su triste muestra condolido
Tierno le preguntó de esta manera
La grave causa dè su pena fiera.

DALISO.

Mozo infeliz, en tu gemido triste,
En tu afligido rostro, y en tu estado,
Conozco que desastres padeciste.
En ti vuelve, zagal desventurado,
Cuentame tu pesar, que yo igualmente
Y tal vez mas que tu soy desgraciado.

SILVIO.

¡Ay mísero de mì! Si aun ha quedado
Mortal tan apiadado, que á mi llanto
Se enternezca algun tanto; deme muerte,
Pues de mi amarga suerte el crudo brio
No es dado resistir al pecho mio.

DALISO.

¡Desgraciado pastòr!... ¿es tal tu pena
Que no hallarà remedio tu tormento?...
Levanta el rostro de la ardiente arena.
En ti vuelve, refrena ese lamento,
Mi pecho se interesa en aliviarte
Y en remediar tan triste abatimiento.
De tu adversa fortuna dame parte,
De ella tambien me encuentro perseguido,
Y puede mi experiencia consolarte.

SILVIO.

Pues mi mal congojoso
Y mi suerte enemiga,
Pretendes que mi labio te refiera;

Escucha cuidadoso
La pena que me ostiga,
Oirás del hado la desgracia fiera:
Que ha sido tan severa,
Que se complace con tenerme vivo,
Puesto que con la muerte
Cesára el mal esquivo,
Y el rigor duro de mi adversa suerte.
En la fértil ribera
Del Bétis olivoso,
Felice mi ganado apacentaba:
La grama placentera,
Y el trebol delicioso,
Nunca á mi ganadillo le faltaba:
Contento me miraba
En aquel dulce y delicioso suelo,
Tranquilo y sosegado,
Faborido del cielo,
Y del Dios de Amatunte acariciado.
En aquel delicioso
Campo, dó primavera
Risueña tiende las floridas alas,
Vivia con reposo,
Sin salir de mi esfera,
Sin envidiar las refulgentes salas,
Ni las costosas galas
Con que abruman su cuerpo los señores,
Sin hallar falsedades;
Ni oir aduladores,
Sin ver mas que mi Ninfa y soledades.
Ora en la estiva siesta,
En tanto que el ganado
Despuntaba los tallos de las flores,
Sentado en la floresta,
Al son del modulado
Caramillo, cantaba mis amores:
Y huyendo los rigores
Del perezoso abrasador estío,
Alli tambien estaba
El dulce encanto mio,
Y con sabrosa voz me contestaba.
Bien al nacer la aurora,
Con mi dueño adorado,
Los montes y las selvas recorria,
Donde la voladora
Planta de algun venado,
Con mi certera flecha suspendia.
¡Ay quan feliz vivia!
El sacro Pan, y Venus placentera
Mi ganado y amores

Cuidaban de manera,
Que me envidiaban los demas pastores.
¡Pero quan poco dura
El bien á un desdichado!
Qual en pos del luciente y claro dia
Viene la noche obscura,
Y cubre el verde prado
De triste luto y de tiniebla fria;
Así à la dicha mia
Se siguió este pesar y abatimiento
Que me agovia al presente,
Sin esperar contento,
Segun está mi espíritu doliente.
Quando mas sosegado
En mi patria me hallaba,
De gozos mil y de abundancias lleno,
Marte encolerizado
Desastres preparaba,
A mi choza, á mi hogar, y á mi terreno:
Soltó á su furia el freno,
Llenó de horror, de sangre, y mudo espanto,
Aquel felice suelo,
Y nos vino mal tanto
(No se porque) del indignado cielo.
A hundírse en el ocaso,
Una tarde marchaba,
Y entre lóbregas nubes se ascondia
El sol con brillo escaso;
El aquilon soplaba,
Y ronco trueno al léxos se entendia,
Al ave no se oia,
Y el cristalino Bétis transtornado
Su curso retorcido,
Con el viento alterado
Turbado se mostró y embravecido.
En esto escuramente,
Tendió la noche el manto,
Y á la majada recogí el ganado:
Cuando subitamente
Sentí un helado espanto,
Oyendo un son horrible y desusado
Que me dexó turbado;
Y al punto me salí de la cabaña,
Yerto y despavorido,
Y escuché en la montaña
Un estruendo por mi jamás oido.
Y como pavorosa
Liebre, que descuidada
Entre las frescas y pintadas flores,
Oye la estrepitosa

Quanto veloz pisada
Del potro ardiente, y galgos corredores;
O rumor de pastores,
Al punto empina la cobarde frente;
Tal yo de asombro lleno,
De una peña eminente,
En torno registré todo el terreno.
Pero ¡ Ay de mi cuitado!
¡Ah infausta noche horrible!
¡Quanta fatiga, quanta desventura;
Que horror tan impensado
Tan pasmoso y terrible
Mi espíritu sintió !...por la llanura,
Y monte y espesura
Vi muerte y sangre y devorante fuego,
Pendones y caballos,
Armas, desasosiego,
Espectros mil, y resonantes rayos.
Con tal vista, de espanto
Pasmado y casi muerto
Estaba y de temor y angustia lleno;
Quando anegado en llanto,
Desfigurado y yerto,
Dalmiro mayoral de aquel terreno,
Teñido en sangre el seno,
Se acercó, y con acento balbuciente
Vuelto á mi, *Silvio mio,*
Huye de aquesa gente,
Abandona la márgen de este rio.
Dixo: y entre las flores,
Dió su postrer acento,
Dexando el suelo en sangre enrrojecido.
Y yo con mil temores
Pasmado y sin aliento,
Viendo ya en confusion todo el egído,
Torné al hogar querido
En busca de mi bien...mas ¡ Ah! fue en vano,
Que ya allí no se hallaba,
Porque el hado tirano
En un punto mis dichas me robaba.
Voces di ¡ ay desdichado!
Llamando al amor mio,
Y nadie á mi lamento respondia:
Fui de uno en otro lado,
Por los chozos del rio,
Pero ¡ ay ! hallar no pude al alma mia.
Ya cercana veia
De mi la muerte, y el rigor de marte:
Ya escuché su bramido,
Y miré su estandarte,

Y ví su ardiente rostro embravecido;
Y huyendo tantos males
Amenazé el ganado
Y aquì me traxo mi contraria suerte,
Entre estos arenales,
Do invoco despechado
Como fin de mis penas á la muerte.
Mas quiere el hado fuerte,
Que no logre siquiera este consuelo.
¡Insufrible tormento!
Plegue al piadoso cielo
Que pronto tenga fin mi sentimiento.
Y mi adorado dueño
¿Que suerte habrá corrido?...
¡Ah destino fatal y desgraciado!...
Tal vez eterno sueño
Al seno del olvido
Habrá su tierno cuerpo arrebatado.
¡Silvio desventurado!...
¿Como puedes sufrir suerte tan dura
Y en esté extraño rio?
Ven muerte con presura
Tu solo puedes ser remedio mio!

DALISO.

Desdichado Pastor, la suerte impía
Contigo ha demostrado su crudeza
Y el rigor de su insana tirania.
Grandes motivos tienes de tristeza,
Pues has visto tu suelo destrozado,
Estando allí tu amor y tu terneza.
¿Pero quien puede resistir al hado?
Y aunque es justa tu pena y sentimiento,
En vano es mantenerte tan turbado.
Vuelve Zagal en ti, que tu tormento
Remediado será, y en mi alquería
Descanso encontrarás, sino contento.
Ven á habitar la humilde choza mia,
Darate mi experiencia algun consuelo
Y cobrarás, no dudes, tu alegria.
Yo tambien vivo entre pesar y duelo,
Que en las vegas del Tajo y del Henares
Sufrimos como tu la ira del cielo.
Tambien yo abandoné mis patrios lares
Y huyendo de mavorte enfurecido
Vine á buscar los espantosos mares.
Mas no es eterno el mal, Zagal querido,
Que así como la dulce primavera
En pos del crudo hivierno y aterido,

Viene á alegrar el campo y la pradera;
Tal en pos de la triste desventura
Que así nos acongoja airada y fiera
A gozar volveremos la dulzura
De pisar nuestra patria nuevamente,
Con ledo pecho y planta mas segura.
Dexemos pasar hora la corriente
De la suerte fatal; ¿ acaso viste
Crecer altivo el Bétis insolente,
Y qual los campos espumoso embiste
Arboledas y chozas arrastrando
Y quanto á su pujanza se resiste;
Y luego poco á poco ir amansando
Su ronca furia, y su rugiente estruendo,
Y otra vez á su lecho irse ajustando?
Lo mismo en nuestros males estas viendo,
Hora por nuestro suelo se ensancharon,
Despues se irán menguando y deshaciendo
Y el gozo tornará que nos llevaron.

POETA.

Esto dixo Daliso, y reparando
Que desde el alto cerco descendia
La casta Diosa al seno proceloso,
Al infelice Silvio levantando
Antes que apareciese el Alva fria,
Quiso enjugar su llanto lastimoso.
Con paso perezoso
Lo llevó á su cabaña reducida
Donde el Pastor mezquino nuevamente
Se querelló doliente
Sin olvidar su patria y su querida
Con justo sentimiento,
Pues quien pierde su amor no halla contento.

ODA.

A LA VICTORIA DE SALAMANCA.

Levanta ó Tórmes, la divina frente
Coronada de juncias y verbenas,
Y convoca tus Ninfas y pastores,
Y de tu orilla la dichosa gente
Que rotas ve sus hórridas cadenas,
Y entonando dulcísimos loores
Canta á los vencedores,
Que en tu auxîlio volaron,
Con tal denuedo y ardoroso brio,
Que al verlos se turbaron
Las numerosas huestes del impío,
Y desaparecieron asustadas
Como nubes del Cierzo arrebatadas.
Mira ó Tórmes, triunfante en tu ribera
Al hijo de Belona, al Anglo fiero,
Libertador glorioso de Castilla,
A quien Bengala victorioso viera,
A quien el Ganges la cerviz humilla,
Y que es pavor de Galia en Tajo y Duero;
Mírale precedido
De la victoria por do quier. Su lanza
Hoy sirve de instrumento á la venganza
Del Cielo tronador, y protegido
Del furibundo Marte,
Libertará la España,
Llevará su estandarte
A la vana Lutecia,
Y del Frances humillará la saña
Emulando las glorias de la Grecia.
El soberbio tirano de la tierra
Ve que el Breton restaura los castillos
Presas de su furor, y quiere osado
Al mismo firmamento mover guerra:
Junta sus aces, habla á sus caudillos,
Y en sus huestes sin número fiado
Corred, volad, (les dice encarnizado)
Oprimid nuevamente
El Agueda, y el Duero y el Guadiana,
Mi fuerza omnipotente
Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
Tiemble de mi fúror: los insulares
De esas tierras lanzad, sulquen los mares
En sus naves huyendo
Mi fiero enojo y mi poder tremendo.

Dixo: y qual suele á la ardorosa lumbre
Del flamígero carro luminoso
Deshacerse la nieve amontonada
Del gran Moncayo en la elevada cumbre,
Que con sonido raudo, en espumoso
Y rugidor torrente desatada
Corre precipitada,
Arrebatando los peñascos rudos,
Y los troncos membrudos,
Y cubre con presura
El valle, el monte el soto y la llanura,
De este modo las aces orgullosas
Heridas del acento se agitaron,
Corrieron presurosas,
Y á obedecer à su Señor volaron.
Ya inundan las Castillas,
O Tórmes, y en tus márgenes amenas
Estampando sus huellas sanguinosas,
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
Asolar amenazan las almenas
De la española Atenas,
Y al verlas dice ufano
El feroz Adalid: *por mas que intente,*
De mi furor insano,
Minerva defender esa muralla,
Su esfuerzo es impotente,
Contra mi poderío
Contra este acero, y contra el brazo mio.
Pero ¡ ay que su soberbia el cielo airado
Deshizo, como suele ardiente fuego
Deshacer seca arista! y el valiente
Breton, de enojo armado,
Salió á su encuentro luego,
Y el brazo del Señor Omnipotente,
Que no tolera al vano y orgulloso,
De Palma y de laurel ciñó la frente
A VVellington glorioso.
Cedió el Galo á su vista de la suerte
Que al rudo soplo del airado viento,
Cede el altivo cedro, cuya copa
Escalaba el sublime firmamento,
Que se ve en un momento
Roto, sin ojas, mustio, destruido,
Y su orgullo deshecho y abatido.
El poder de la Galia destrozado,
Rotas sus huestes, rota su esperanza,
Y en roxa sangre su adalid bañado,
Huye desalentado,
Huye de la venganza
Del Anglo vencedor, la lanza fiera

Arroja el polonés y huye anhelante;
El soberbio bridon aguija en vano,
En vano tiende el brazo y la cuchilla,
Que al vencedor se humilla,
Y ante el Ingles triunfante
En la sangrienta arena
O le alcanza la muerte ó la cadena.
Los bravos Adalides,
Que en tantas fieras lides
Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,
Con mudo asombro y con espanto huyeron;
A VVellington miraron
Y su denuedo y brazo no vencido
Y al punto se turbaron
Y su antiguo valor quedó en olvido.
Mil falanges gimieron prisioneras,
Rompieronse del fuerte las vanderas,
Y el ferviente cañon mudo y cautivo,
Al vencedor altivo
Sigue, y rechina sobre el exe ardiente,
Con tardo paso entre vencida gente.

SONETO.

El oponer mi pecho no me asusta
Del vaciado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.
  No me amedrenta, no; la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corbo lado de mi fragil fusta.
  No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso
Que vibra la alta diestra vengadora:
  Solo me dexa yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso.

ROMANCE.

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
El sol tiñendo las nubes
De negro morado y grana,
  Quando orillas de la mar,
Ni quieta ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
A las peñas azotaban;
  A un tronco que en la ribera
Una borrasca lanzára;
Tirsi ausente y afligido
Amarró su pobre barca.
  Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas;
  De este modo al manso viento,
(Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso
Refrescando aquellas playas,)
  Cantó el triste pescador
Sin que nadie le escuchara
Lanzando un tierno suspiro

De lo profundo del alma.
¡ Ay de mí ! que vivo ausente
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos
Por quien mi pecho se abrasa
Y que tal vez quando vuelva
Despues de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños
Si el corazon no me engaña,
Pues aunque mi dulce dueño
Me juró eterna constancia,
Quando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia,
Y aunque escuché sus gemidos
Y vi sus amantes ansias,
Quando el Cierzo mi barquilla
De su vista arrebataba;
Es muger; estoy yo léjos,
Amadores no le faltan,
Y quando no ven los ojos,
Se hiela el pecho y el amor se cansa!
Lleva mis lamentos tristes
Y estas dudas que me asaltan,
Zéfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa
Y si orillas de los mares
Encontrares á mi Laura,
Aun puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aun no olvidada;
Dile que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.
Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamas haga
De las ondas variables,
Exemplo de la inconstancia:
Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;
Y ora con estruendo horrible
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que ántes humildes besaban.
Diselo así, dulce viento,
Diselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente....
Mas no, no le digas nada
Que es muger, estoy yo léjos.

Amadores no le faltan,
Y quando no ven los ojos
Se hiela el pecho y el amor se cansa.

EPISTOLA.

A NOROÑA.

O quan felice fuera conde amado
Si gozára tu dulce compañía
Y pudiera tenerte aquí á mi lado.
Mi lyra entónces el favor tendria
Del claro Apolo y de las dulces Musas,
Que á Híspalis tu cariño las traería.
Y los dulces acentos de que usas
Dieran tal vez aliento al pecho mio,
Pues animarme al canto no rehusas.
Y en tanto que llegára el crudo frio
Cantáramos los prados y las flores
Cabe este ondoso y cristalino rio,
Y entonaramos fiestas de pastores
Al suave son de la campestre avena,
Y en arpa de marfil tiernos amores...
Pero Noroña, no; mas alta suena
Tu voz, á lo sublime acostumbrada,
Del Epico furor enchida y llena.
Tu con sonante trompa acomodada
A los heroes hispanos, su alta gloria
Dexáras para siempre eternizada;
Como quando celebras la memoria
Del justo Abderramen, que el mismo cielo
Oye admirado tan sublime historia,
Tu acento de este modo alzára el vuelo,
Y estando yo de amor solo diria,
Sin levantarme del humilde suelo,
Pues llegar donde tu nunca osaria,
Que de Faeton el caso lastimoso
Por serme de escarmiento acordaria.
¡ Que aspecto tan risueño y delicioso
Presentan estos llanos y colinas,
Feraces mas que los de Edem famoso!
Del Bétis las espumas cristalinas,
La lozana belleza de las flores,
Que esmaltan su ribera, las divinas
Selvas, donde los tiernos ruiseñores,
Rémora suave del fragrante viento,
Lloran sus zelos, cantan sus amores,

Las altas hayas, que de ciento en ciento
Reverbera la plácida corriente,
Y ofrecen fresca sombra y blando asiento;
Encantando los ojos, á la mente
Prestan objeto digno y delicado,
Y materia á mi canto suficiente.
Mas si de ti estubiera acompañado
Frutos aun mas opimos consiguiera
Al ver el bosque, la floresta, el prado.
Juntos esta antiquisima ribera
Pisaramos los dos, y en esta orilla
Mil reflexiones de tu boca oyera.
Aquí do Alfonso el Sábio de Castilla
Seguro albergue halló, quando en su daño
La rebelión alzó su atroz cuchilla,
Aun monumentos hay de desengaño,
Que son espanto á los humanos ojos,
Y del mundo demuestran el engaño.
Estas anchas campiñas de despojos
Llenas están de bélicas naciones
De olvido ya cubiertos y de abroxos.
Las tumbas de los ínclitos varones
Argólicos, Fenicios y Romanos,
Que á este suelo truxeron sus pendones
Aun se descubren, y los timbres vanos
Que en làpidas de marmol esculpieron
Aun se conocen en aquestos llanos.
Los trofeos de horror que aqui erigieron
Casi no exìsten, que á la inevitable
Guadaña de Saturno se rindieron.
Confundido en el polvo deleznable
Quedó el poder de Roma y de Cartago,
Y la soberbia Lìbica indomable.
Y si aun duran memorias de su estrago,
Son bronces carcomidos y ruinas,
Tristes recuerdos de su fin aciágo.
Solo se ven en llanos y colinas
Restos de carros y rompidas mallas
De las Pùnicas gentes y Latinas
Y señales de fosos y murallas
Donde las medias lunas tremolaron,
Y que á España costaron mil batallas.
Que asi entre polvo y lodo nos dexaron
Estos tristes escombros las edades,
Que para nuestro exemplo perdonaron.
Donde fueron mil reynos y ciudades
Hora se ven llanuras silenciosas,
Y pantános, y yermas soledades.
¿Donde Itàlica esta?...¿las numerosas
Huestes que estas campiñas oprimieron,

Las gentes indomables y hazañosas,
  Que en estos rotos muros combatieron
En donde se hallarán?... ¿los campeones,
Que el Bétis libertaron, que se hicieron?...
  Todo pasó, y hasta estos torreones
Do un tiempo los clarines resonaron,
Do volaron vanderas y pendones;
  Al tiempo inexorable se humillaron,
Y yacen confundidos en la arena,
Que en escombros y olvido se tornaron.
  Ya ni la trompa belicosa suena
Ni el ronco son del militar estruendo
Entorno el aire turba y desordena,
  Y esteril yerva en derredor naciendo
Borra la entrada y ciega el ancho foso
Do un tiempo vigiló Marte tremendo.
  Si todo lo deshace el poderoso
Impulso de la edad, ¿en que se embarga
El hombre pertinaz, y el ambicioso?
  Corta es la vida y mas que corta amarga,
¡Y aun hay quien su quietud perturba esquivo,
Y acorta su exîstencia poco larga!...
  Uno veras con corazon altivo
Seguir en pos del furibundo Marte
Lleno de saña el pecho vengativo,
  Y sin que su crueldad jamas se arte
De sangre y destruccion, llena la tierra
De llanto y luto en una y otra parte.
  Otro avariento su exîstencia encierra
En fragil pino y por el mar furioso
Mirando al polo entre peligros yerra.
  Otro en la corte busca el engañoso
Aplauso de la plebe, y altanero
Pierde por vanos cargos su reposo.
  A todos ves correr con pie ligero
Tras inquietudes y esperanzas vanas,
Y el interes desprecian verdadero.
  ¡Ah mísero mortal!... ¿porque te afanas
Con tanto ardor, por tan futíles cosas,
En pretensiones necias y livianas?
  Vuelan las horas, vuelan presurosas,
Y nada las retarda ó las detiene,
¿Y aun te parecen largas y penosas?
  ¡Quan feliz es el hombre que contiene
De la ambicion el ciego desvario,
Y contra sus insidias se sostiene!
  Plegue á Dios que alcancemos, Conde mio,
Un dia venturoso y de consuelo
Libres del hondo y turbulento rio
  Que ahora inunda nuestro patrio suelo.

Entónces del bullicio separados,
(Si tanta dicha nos concede el cielo)
En dulce calma, libres de cuidados,
Sin que nada nos canse viviremos,
A hacer grata la vida dedicados,
Y honores y riquezas no ansiaremos.

SONETO.

AL BIZARRO ESCOCES DON JUAN DOVVNIE.

O de Fingal heróico descendiente
Que de las selvas de la Escocia fria
Volaste á defender la patria mia
Con duro brazo y corazon ardiente:
Tu que del manso Bétis la corriente
Con tu sangre teñiste el claro dia,
Que Híspalis admiró la valentia,
Con que libraste á su oprimida gente:
Tu merecida gloria eterna sea,
Por donde quier que esgrimas el acero
Victoria grata tus esfuerzos vea.
Y sigue siempre el estandarte ibero,
Pues España se jacta y se recrea
De contar en sus huestes tal guerrero.

ROMANCE.

Al tiempo que en el ocaso
El sol esconde su frente,
Dando lugar á la noche
Para que el manto despliegue,
Toma Moraycel gallardo
El camino de los Gelves;
Aun mas que por ver á Zaida
Por saber si hay quien le ofende.
Que quando dos corazones
Amor encadena y hiere,
No faltan amargos celos,
Ni falta quien los fomente.
Inquieto camina el Moro,
Sin llevar quien le consuele:
Y lanza ardientes suspiros,
Y dice ¡será mi suerte
Tan mezquina, que mi Zayda
Mis amores menosprecie?....
¿Habrá olvidado tan presto
Lo que juró tantas veces?....
...Por Alá te ofrezco ingrata,
Que si mis zelos no mienten
he de hacer en ti castigo
Y escarmiento en las mugeres.
Así diciendo, la yegua
Con el acicate hiere,
Y ella bufa recelosa,
Y entra en las calles de Gelves;
Sacando con la herradura
Del suelo chispas ardientes.
Quando el alevoso Alxarfe
(Que es quien para que sospeche
A Moraycel da motivos,)
Engañada á Zayda tiene
Detenida en la ventana,
Con pretexto de traerle
De Moraycel un mensage,
Fingiéndole que nó puede
Venir él aquella noche,
Y que él en su nombre viene.
Y al tiempo que pesarosa
Zayda sintiendo no verle
¿*Pues dó está Moraycel?* dice;
Moraycel que á Alxarfe advierte,
Responde airado: Enemiga

Aquí lo tienes presente,
Y yo haré que me conozcas,
Si conocerme no quieres.
Y se empina en los estribos,
Y el diestro brazo suspende,
Y sañudo lo sacude;
Y fulmina el hasta fuerte
Abriéndole á Alxarfe el pecho
Por do sangre y vida pierde.
Y de este modo vengado
Maldice á Zayda inocente
Y ardiendo en despecho y rabia
Para Alfarache se vuelve.

ODA.

NAPOLEON DESTRONADO.

¿En donde en donde, ó Sena esclarecido,
El que de duelo y horfandad cubria
Tu márgenes está?... ¿do está el aleve,
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En quanto alumbra el Sol y el mar enfria.
El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus pies la tierra
El orbe conmovió con cruda guerra,
Dexó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo y los profundos mares?...
Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los pies, la torva vista
En derredor tendió, y ¿*Al brazo mio,*
Quien habrá tan osado que resista?...
Ni aun el rayo de Dios me causa asombro
Dixo Napoleon: y al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la quadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,
Que de terror y asombro el Orbe llena,
Como raudo torrente,
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.
El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frigida corriente,

Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enrriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho.
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente,
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado
Su curso entre carambanos cubria
Del belisono estrépito asustado...
¡Ay que el genio del mal al mediodia
Revuelve su furor!... ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atila
Pisa de Ibero la mansion tranquila.
¿Y que gran Dios, no miras al impío,
No escuchas al blasflemo
Decir: „*ni al rayo temo:*"
„*Quien podrá resistir al brazo mio*"
„*Quien contra mi levantará la frente*"
„*Si yo soy el Señor Omnipotente?*"
...Mas ¡Ah!... que ya su iniquidad el colmo
Llenó de tu bondad y ya tu ira
Prepara tu venganza y su castigo.
Alzad á Dios las manos, ó Naciones,
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz: vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto:
Y con fragor tremendo
Del Uracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rasganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas
El enojo de Dios está anunciando:
Pálido el Sol suspende el movimiento.
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento semejante
Al trueno retumbante,
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,
Que corren á la lid, y dice: *Sea*
Castigado el soberbio
Y confundida su impiedad se vea.
El mandato de Dios obedeciendo,

España apresta sus valientes aces
Contra la iniquidad. Y los Britanos
Las regiones del mar luego cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate,
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los pies del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.
  Tambien el Lusitano ayrado y fiero
Los combatió y triunfó. Luego ligero
Corre á la lid el guerreador que habita
En la Zembla polar al Sol vedada.
Corre al combate el indomable Scita,
Que en el Rifeo monte,
Señor eterno de erizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe.
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.
  Oye el tirano el gran rumor y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno,
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela y se estremece,
Y mira por do quier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros,
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á ti ó Sena
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia,
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

  Canta conmigo ó Galia venturosa,
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Ser Eterno
Que el yugo te arrancó: Cantad, naciones,
La gloria del Señor, su fuerte diestra
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraon con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso,

Que os llenó de dolor de sangre y llanto
De luto y de viudez... ¡ Ah que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento,
Y el ronco hervor del piélago espumoso!
Al atrevido azor alas pidiera
Y con ellas volára presuroso
(Sin temer de Titan la viva lumbre)
De Pirineo á la elevada cumbre
Y allí al son de la cítara de Apolo
Entonará canciones de alegria,
Que sonáran en uno y otro polo,
Y donde nace y donde muere el dia.

SONETO.

Qual suele en la floresta deliciosa
Tras la cándida rosa y azucena,
Y entre la verde grana y la verbena
Esconderse la sierpe ponzoñosa;
  Así en los labios de mi Ninfa hermosa,
Y en los encantos de mi faz serena
Amor se esconde, con la aljava llena
(Mas que de flechas) de crueldad penosa.
  Contemplando del prado la frescura
Párase el caminante, y siente luego
De la sierpe la negra mordedura:
  Yo contemplé en mi Ninfa, y loco y ciego
Quedé al ver de su rostro la hermosura,
Y sentì del amor el vivo fuego.

14.

EL PASO HONROSO.

POEMA.

EL PASO HONROSO.

CANTO PRIMERO.

Canto el amor y noble gentileza
Del valiente y gallardo caballero,
Que cautivo se vió de una belleza
Armada siempre de rigor severo:
Y que para rendir tanta esquiveza
Dando muestra de amante y de guerrero
En Orbigo triunfó, y eterna fama
Consiguió con los brazos de su dama.

Dios de Amatunte, Númen poderoso,
Que en la diestra enojada del tonante
Logras helar el rayo fulminoso,
Que dió castigo á Encélado arrogante:
Pues inspiraste el hecho valeroso,
Que hoy el destino quiere que yo cante
Mi pecho inflama, dame nuevo brio,
Y al tiempo venza el rudo canto mio.

Y tu divina Lesbia, á quien adora
Mi ardiente pecho, que por ti suspira,
Concedeme tu gracia encantadora,

Y oye mi canto, que á agradarte aspira.
Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
Templa las cuerdas de mi eburnea lira,
Y el triunfo y las hazañas de un amante,
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

El segundo Don Juan, rey de Castilla,
En Medina del Campo, en su palacio,
Y en un salon en donde el arte brilla,
Y adorna en torno su anchuroso espacio;
Baxo rico dosel, en regia silla
De oro y marfil de nacar y topacio,
Acompañado de la corte estaba,
Que una lucida fiesta celebraba.

De una señaladìsima victoria,
Que contra los pendones africanos,
Cobrando eterna fama y alta gloria,
Ganaron los valientes castellanos
Se celebraba entónces la memoria,
Por el rey, por el pueblo, y cortesanos
Y en el salon con gala y alegria,
Mùsica y danza, y gran concurso habia.

Quando al son de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de quatro heraldos, en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en magestad no les iguala.
Los instrumentos luego enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala:
Y el rey atento, y todos admirados
Fixan los ojos en los diez armados.

Uno de ellos con muestras de caudillo
Que de los otros nueve iba delante,

A todos excediendo en garbo y brillo;
Aun mas resplandeciente que el diamante;
Una argolla de hierro hecha á martillo
Llevaba al cuello, y con gentil talante
Alzó del alto yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

Dexose ver Don Suero de Quiñones,
Valiente, afable, ilustre caballero:
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero:
De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció mas que humana su figura.

Cinco lustros apenas contaria
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecia
Ansia de gloria, espíritu hazañoso:
Ostentando su noble bizarria
Enmedio del concurso numeroso,
Mirando al rey, que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento.

„ Monarca de Leon y de Castilla;
Egregio rey, esclarecido Marte,
A cuyo nombre pálido se humilla,
El que pintó la luna en su estandarte:
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á mas que á respetarte;
Dignate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz que en ti consiste;

Como es en todo el mundo voz y fama

Tengo, Señor, rendido el pecho mio
A una sobervia y desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvio:
Mi corazon con su desden se inflama
Tengo á sus pies rendido mi alvedrio;
Y miéntras mas ingrata y mas esquiva,
Mas y mas me encadena y me cautiva.

Por servirla, en las guerras de Granada
(Como sabeis, Señor,) lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejár de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Rompí el turbante, y destrozé el escudo
De Alxarfe Abhen-Habuz; allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones,
Que en honra suya, y gloria del estado,
Executé siguiendo tus pendones,
Dexando mi valor acreditado:
Ni mi constante amor, ni mis razones
Transtornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve, y duro marmol hecho.

Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo:
Y ella mas insensible, mas tirana
Aumentó su rigor y ceño esquivo,
Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla, en ademan altivo,
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

Cuatro veces despues la selva humbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigorosa
Mustio el prado dexó, la fuente yerta:
Y siempre hallé mi dama desdeñosa,
Firme mi pecho y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

Hoy mi señora exîge nuevamente
Por rescate del hierro que me enlaza,
Y por lograr mi amor, (si es que inclemente
El destino mi dicha no embaraza;)
Que mis hazañas y mi fama aumente
A su vista rompiendo en ancha plaza
Lanzas con los mas bravos caballeros,
Por espacio de treinta dias enteros.

Razon es, ó Monarca esclarecido,
Que el cautivo pretenda su rescate,
Y que el amante, que tan firme ha sido,
De coronar sus pensamientos trate.
Para justar vuestro permiso pido,
Y que campo me deis para el combate;
Pues yo con estos nueve hidalgos quiero
La liza mantener el mes entero,

Ellos tambien igual licencia piden,
Todos son mis amigos y parientes,
Constantes á ayudarme aquí residen
Con duros brazos y ánimos valientes:
Con su honor siempre sus empresas miden:
Darán asombro á las extrañas gentes,
Y gloria à vos, Señor; que estos vasallos
Solo vos digno sois de gobernallos.

Dixo : y el Rey Don Juan aficionado
A tanto amor y tanta gallardia,
Quedó un rato suspenso y admirado
Pensando si el permiso le daria.
Y consultando el caso no esperado
Con los hombres de cuenta, que allí habia,
Con Don Alvar de Luna, y Don Manrique,
Y con el almirante Don Fadrique;

Dio por fin su real consentimiento
A aquellos esforzados campeones,
Y desde su dosel y regio asiento
Contestó de este modo á sus razones:
„Digno de un pecho noble es vuestro intento,
Valeroso Don Suero de Quiñones
Yo os permito justar en mis estados,
Con vuestros nueve deudos esforzados.

Principes convidad y caballeros,
Campo elegid, y publicad carteles,
Y vengan españoles y extrangeros
A aumentar vuestros triunfos y laureles.
Poned las condiciones y los fueros
Nombrad de la estacada jueces fieles;
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
Lograd, pues son los premios del combate"

Entónce el caballero agradecido
Acata al rey con humildosa muestra,
Y dice: ó gran monarca esclarecido,
Pues tanto os interesa la honra nuestra,
Solo una nueva gracia humilde pido,
Y es que vos presidais en la palestra,
Pues estando Señor á vuestra vista
No habrá poder que al nuestro se resista

El campo elixo cerca de la puente
Que de Orbigo da paso al claro rio
Entre Astorga y Leon, allí valiente
Reto á todos y aplazo el desafío;
Por ser el paso de la extraña gente
Que viene á vuestro reyno y Señorío
A visitar al gran patron de España
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

Solo pongo Señor por condiciones;
Que todos los valientes cavalleros,
Que á libertarme vengan de prisiones
Y á demostrar sus ánimos guerreros
Tres lanzas romperán, sin mas acciones
Conmigo ó con mis bravos compañeros,
Teniendo que salir de la estacada
A la tercera lanza quebrantada.

Si hay alguna que cause grave herida
O en tierra caballero derribare
Dexará la carrera por cumplida
Sin que nadie otra cosa demandare.
El que perdiere potro en la corrida
O alguna pieza del arnes quebrare
Caballos hallará por mi aprestados
Y completos arneses acerados.

Si por la puente do la justa nuestra
Se mantiene, pasáre alguna dama
Y no lleva quien salga á la palestra
A combatir por ella y por su fama
El blanco guante de su mano diestra
Dexará en mi poder, si es que no inflama
A algun guerrero que presente fuere
Y por ella y el guante combatiere.

Para jueces del campo aquí nombrados
Dexó á Pero de Barba y Gomez Arias,
Ambos por altos hechos afamados
Y conocidos por acciones varias.
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias
Por lo tanto á su fallo ha de arreglarse
El que quiera en la tela señalarse.

Quince soles, sin falta, ántes del dia
Del gran patron y apostol de la España,
Y otros quince despues, mi compañia
Mantendrá con sus armas la campaña:
Y agora, alto Señor, la intencion mia,
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.

Aprobó el rey Don Juan las condiciones
Y luego los clarines resonaron
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sones
El hazañoso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que traxeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

Siguió el sarao la danza y alegria,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el dia
Por ver triunfar al noble enamorado:
Todos aplauden su alta bizarria
Y no hubo dama alguna en el estrado,
Que á Doña Luz la esquiva no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

Unas alaban el amor constante
Del firme y hazañoso caballero,
Otras mil lo quisieran por amante,
Y todas hablan solo de Don Suero:
Qual rendida celebra su semblante,
Qual su valor y su ánimo guerrero
Y no hay quien por feliz y por dichosa
No tenga à Doña Luz la desdeñosa.

Por úna gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada
Y con pomposas hayas se hermosea
De Orbigo la corriente sosegada
Entre floridas selvas serpentea
Cubierta de frondosos matorrales
Espadañas y espesos carrizales.

Una soberbia y anchurosa puente
Oprimiendo del fondo las arenas
Sin impedir el curso á la corriente
Enlaza las dos márgenes amenas:
Entre Leon y Astorga francamente
Camino ofrece, y siempre se ven llenas
Sus entradas de muchos peregrinos
De Castilla y los reynos convecinos.

Cercana de este puente á la salida
Descuella una hermosísima floresta
De fresnos y algarrovos guarnecida
Propia al reposo de la estiva siesta:
De dulces ruiseñores es manida,
Que alternan coros con alegre fiesta
En torno aquel terreno salpicando
Orbigo dulce con murmurio blando.

De las Ninfas bellísimas del rio
Es grato alvergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estio
Huyen los rayos del ardor Febeo:
Y aun penden de algun tronco alto y sombrio
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

Al lado de esta selva y sitio humbroso
El esforzado Suero de Quiñones
Elige campo para el hecho honroso
Con sus nueve fortísimos varones:
Donde manda formar un suntuoso
Palenque con tablados y balcones
Para teatro de su accion valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

Cubierto el bosque está, y el campo lleno
De afanadora gente, quien trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quien el circo anchuroso en torno ataja
Quien de troncos despeja el Soto ameno
Quien los pilares con primor encaxa,
Quien con vistosas tintas y follages
Adorna los soberbios balconages.

El son del hacha, el golpe del martillo
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyenta de la selva al paxarillo
Aquella soledad poblada viendo:
Y los Faunos, y Ninfas al oillo
Ver profanada su mansion temiendo
Aquellos en las grutas se ocultaron
Y estas en los cristales se lanzaron.

Miéntras todo se apresta y se compone
Publican por los reynos extrangeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros:
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa y los guerreros
De todas las naciones se apresuran
Y hallarse en esta lid, todos procuran.

¡ Quanta gala riqueza y atauxía,
Quantos caballos, tarjas y armaduras,
Quanta empresa, plumage y armeria,
Quantos arneses, telas, bordaduras,
Quanto jaez de seda y pedreria,
Quantos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron,
Asi que los carteles recibieron!

No para los Olímpicos famosos
Donde Neron mostró su gentileza,
Ni para aquellos juegos suntuosos
Donde Roma ostentaba su grandeza:
Ni en las célebres justas que hazañosos
Por lucir su denuedo y su destreza
Carlo-Magno y los suyos celebraron
Tanta riqueza y gala se juntaron.

Ya la dulce risueña Primavera
Daba lugar al caluroso Estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y mas escaso de caudal el rio:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafio
En nùmero infinito concurria
Ansiando ver el señalado dia.

El soberbio palenque descollaba
De Orbigo dominando el ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas puestas ordenadamente:
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,
Con barandas, alfombras y florones,
Y de ormesí bordados pavellones.

En derredor por toda la floresta
Varias tiendas tambien se levantaron
Que para mas decoro de la fiesta
Con telas exquisitas se adornaron
En la mas espaciosa y mas compuesta
Los banquetes y bailes se ordenaron
Las restantes quedaron reservadas
Para alojar personas convidadas,

Ya el campo estaba lleno de alegria
De pages de caballos de escuderos
De damas bellas como el claro dia
De Príncipes y armados caballeros:
El plazo de la justa se cumplia
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones
Ensayando los lances y ocasiones.

A la primera luz del Sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y Don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afan siempre pensaba:
Y léxos del bullicio inpertinente
Su desden y dureza recordaba,
Vagando solo por el bosque umbrio
Sobre la orilla del sereno rio.

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente Sol los resplandores
Marchitada dexaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores:
Y solo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Y alli de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se alentaba.

CANTO SEGUNDO.

De un álamo á la sombra deliciosa
Sobre las flores y la fresca grama
A la orilla amenísima y frondosa
De Orbigo que entre juncias se derrama:
Lamentando su suerte lastimosa
Por los desdenes de la ingrata dama
Estaba el gran Don Suero reclinado
De varios pensamientos contrastado.

El sonido del agua fugitiva,
El dulce son de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva
Y la fragancia de las flores suaves:
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el Zéfiro halagüeño.

Y á la par que el reposo regalado
Por los gallardos miembros se extendia
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasia:
E imaginó escuchar un acordado
Son que en torno con célica armonia
Del silencioso bosque resonaba,
Y algun grande portento presagiaba.

Creyó ver lentamente suspenderse
De Orbigo la corriente sosegada
Con nueva luz el aire enrrojecerse
Y alegrarse la selva dilatada:
Los juncos y espadaña conmoverse
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

Poco á poco los plácidos raudales
Elevaban columnas transparentes,
Sobre argentados ricos pedestales
Adornados de conchas diferentes:
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

Una cùpula excelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos guarnecida
Y formando un riquísimo palacio:
Cornisas, y arquitraves de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guarnecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follages
Sobre robustos pernos sustentadas
Y adornadas de perlas y balages
De refulgentes bronces trabajadas
Las rexas y bolados balconages
Y de verde esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

Admira tan grandiósa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y rico adorno
Quando temblando el bosque y espesura
Estremeciose todo aquel contorno:
De música celeste la dulzura
De la régia mansion sonaba en torno
Y de Ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

Cintos de perlas a ureos ceñidores
Los juveniles pechos sustentaban,
Y mil guirnaldas de fragantes flores
Las placenteras frentes enlazaban:
Y de las bellas formas los primores
Tunicas sutilìsimas guardaban,
Dexando el albo pie desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,
Y gallardas bellísimas y esquivas
Ligeras mas que los delgados vientos
Danzan y juegan ledas y festivas.
Del bosque los hondísimos cimientos
Heridos de sus plantas fugitivas,
Retiemblan, y enlazada de las manos
Aparece una tropa de Silvanos.

Formaron con las ninfas grato coro
Y bailes y dulcísima armonia
Y alternan voces con cantar sonoro
Demétrica cadencia y melodia.
Quando un triton con las escamas de oro
En el atrio del templo aparecia
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

Al bronco son los coros enmudecen;
Y las ebùrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen,
Y con ronco estridor quedan abiertas.
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosìsimas cubiertas
Y enmedio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

En dos fulgentes urnas reclinada
Del rio la Deidad magestuosa
Se muestra en él de mimbres coronada
Y con faz placentera y respetosa:
En la mano siniestra recostada
Gira en torno la vista poderosa...
Y al ver el coro á su Señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

Tres veces del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano
Estuvo los perfumes recibiendo.
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquisima tendiendo
Baxó por ella el sacro Dios: y dixo
Al coro que le adora inmoble y fixo.

De este bosque sagrado y escondido
Y de mi verde orilla habitadores :
El convocaros hoy tan solo ha sido
Para aquietar los sustos y temores
Que ó bien podais tener, ó hayais tenido
Al mirar estos troncos vividores
Con quien en vano el viento combatia
Humillar su pomposa lozania

No juzgueis que sacrilegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente dilatada :
Sosegad pues ó seres inmortales,
Que en vuestro daño no se intenta nada
Y esas gentes que veis á daros nombre
Vienen y fama que á Saturno asombre.

Mañana apénas el risueño oriente
Con rosado matiz anuncié el dia
Admirareis un jóven eminente
Singular en amor y valentia :
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará sus armas y ufanía
Y le vereis tambien triunfar glorioso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

La resonante trompa de la fama
Su nombre librará del hondo olvido;
Despues que venza á la inflexible dama
A cuyos pies ha tiempo está rendido :
Ella su pecho y corazon inflama
Y por ella esta hazaña ha discurrido...
...La vencerá, y en premio de su brio
Será su esposo, y cesará el desvio.

De esta preciosa union grata á la España
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del fiero moro en la campaña
Y de Marte y de Témis protegida:
En quanto el Sol alumbra y el mar baña
Respetada será, será temida;
Que á manejar la pluma y noble espada
Ya la tienen los hados destinada.

Y un tiempo llegará, que en su ribera
Mire nacer el Bétis espumoso
Un descendiente de esta union primera,
Que á Marte siga con aliento honroso:
Y entre el estruendo de Belona fiera
Le dará Apolo el plectro sonoroso,
Para que en alto metro y dulces sones
Haga eterna la hazaña de Quiñones.

Cesó el Numen: y así que el nombre oyeron
Las Ninfas entonaron expresivas
Himnos que los silvanos repitieron
Con dulce acento y con sonoros vivas:
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron
Con danzas concertadas y festivas...
Y Don Suero de gozo se estremece,
Despierta y la vision desaparece.

Atónito la vista en torno gira
Silencioso pasmado y aturdido,
Y la corriente sosegada mira
Qual siempre caminar con manso ruido:
Vuelve á mirar confuso y mas se admira
Y entre esperanza y dudas confundido,
No sabe que pensar de aquel ensueño
Agüero favorable de su empeño.

Recorre nuevamente las razones,
Que de boca del Numen ha escuchado,
Prometiéndole triunfos y blasones
Y que será su amor recompensado:
Y al recordar que ofrece á sus acciones
Eterna fama y nombre no olvidado,
Alentado y ufano y satisfecho
Inflama mas y mas su heróico pecho.

Y viendo que del Sol la lumbre pura
En ocaso sus luces escondia
Enlutando los bosques y llanura
Y dando paso á la tiniebla fria;
Se retiró del Soto con presura
A buscar su gallarda compañia
Y á dar reposo al ánimo valiente
Para emprehender la justa al Sol siguiente.

De cándidos jazmines coronada
En Oriente brilló la ansiada Aurora
Resuena en la floresta la alborada
Con dulce melodia encantandora.
Y la curiosa gente alborozada
Al ver llegar la deseada hora
El perezoso sueño desechando
El espacioso circo va ocupando.

Sonoras trompas, dulces instrumentos
Huecos timbales, roncos tamborinos
Plácidos hinchen los delgados vientos
Retumbando los montes convecinos.
El son bélico crece por momentos
Aprestanse cavallos y padrinos
Ya se abre la estacada y presurosos
Cavalgan los guerreros valerosos,

Febo inmortal desde su carro ardiente
De viva lumbre y magestad vestido
Los puros resplandores de su frente
Derrama por el ámbito extendido:
Enciende los confines del Oriente,
Y á presenciar el hecho esclarecido
Con nuevo brillo sale y aparece
Y mas grande que nunca resplandece.

Baxo rico dosel, en regia silla
El Monarca Don Juan acompañado
De altos señores, magestuoso brilla
Presidiendo el palenque levantado.
El claro Condestable de Castilla,
Y otros hombres de cuenta tiene al lado.
Y cercano del rey está dispuesto
A los jueces del campo honrado puesto.

En el otro balcon, que lindas flores
Le dan adorno en ricas almohadas
Con bordaduras fluecos y labores
De perlas y amatistes recamadas
Las damas de los diez mantenedores
De otras muchas estan acompañadas
Cubiertas de hermosura y pedreria
Y respirando amores y alegria.

Y de la suerte que en la selva ó prado
Entre una y otra flor pintada y bella
El matiz de la rosa nacarado
Al roxo amanecer brilla y descuella,
Del aljofar del Alva rociado,
Y á todas vence la hermosura de ella;
Así en medio de tanta ilustre dama
Alzase la que á Suero el pecho inflama.

Ocupa en torno la curiosa gente
Tablados, barandillas balconages,
Todos muestran el ánimo impaciente
Por ver salir los bravos personages:
Suena un ronco murmurio sordamente,
Brillan mil vistosísimos ropages,
Todos esperan ya la seña, quando
Mandan los jueces publicar el bando.

Publicase, y al punto se enarbola
La insignia de Don Suero de Quiñones,
Y por el viento indómito tremola
Su estandarte con timbres y blasones.
En sus tiendas el peto yelmo y gola
Se ciñen los fortísimos varones,
Requieren los caballos y la espada
Y se aprestan á entrar en la estacada.

Divinas ninfas del Castalio coro,
Dadme favor, engrandeced mi canto,
Dad nuevo aliento á mi clarin sonoro,
Llegue mi voz al reyno del espanto.
Descended gratas, vuestro auxîlio imploro,
Conceded á mi pecho el fuego santo,
Inspiradme los hechos esforzados
De los diez cavalleros afamados.

Suena el clarin, retumba el vago viento
Enmudece el concurso numeroso,
Y quatro reyes de armas al momento
Entraron en el circo polvoroso:
Blancos potros con rico paramento
Y vestido de púrpura costoso
Llevan y en los riquísimos broqueles
De Quiñones los ínclitos quarteles.

En pos de los heraldos tañedores
De pùrpura vestidos y brocado
Con cintas y plumages de colores
Entraron en el circo alborozado:
Tocando dulces flautas y atambores
Con dulce sòn alegre y concertado
Y diez palafreneros se seguian
Que de mano diez potros conducian.

Y luego en la estacada se aparece
De ricos homes y altos personages
Don Suero acompañado, y resplandece,
Seguido de escuderos y de pages.
Confusa griteria al cielo crece,
Cunde por los volados balconages,
Y el concurso al mirar su gallardia,
Viva: mil veces: viva: repetia.

De un potro cordobes azabachado
Con un lucero en la espaciosa frente
Rige el freno de plata salpicado,
Que templa y doma su rigor ferviente.
Lleva terciada sobre el diestro lado
La poderosa lanza, y el fulgente
Peto que el noble pecho le rodea
Ofuzca el brillo de la luz Febea

Ligera adarga en el siniestro brazo
Con mil adornos de oro guarnecida
Maneja con gentil desembarazo
Sin que las riendas gobernar le impida.
Pendiente en medio de un gracioso lazo
Por cuerpo de su empresa está esculpida
Una argolla de hierro, y un letrero,
Que dice así, *Librarme de ella quiero.*

La vencedora fulminante espada
Terror y espanto del altivo Moro
Al lado izquierdo lleva colocada
Pendiente de un tahalí bordado en oro.
Sobre el alto creston de la celada,
Que es de piedras preciosas un tesoro
De plumas blancas el penacho ondea,
Do Favonio se mece y se recrea.

En pos del claro Suero de Quiñones
Siguen sus nueve bravos caballeros
Sobre negros alígeros bridones
Ceñidos de fortísimos aceros.
En los altos fulgentes morriones
Llevan blancos penachos y plumeros;
Y en todo á la de Suero semejante
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

Son los nueve Alvar Gomez el osado,
Lope Zuñiga, Diego Benavides,
Sancho de Ravanal, afortunado,
Diego Bazan acostumbrado á lides,
Gomez de Villacorta, gran soldado,
Pero de Nava en fuerzas otro Alcides;
Lope de Aller, y el jóven Pero Rios
Feliz en sus empresas y amorios.

Por séquito llevaban veinte pages
Con escudos y timbres y blasones,
Ornados de riquísimos ropages,
Y oprimiendo hermosísimos bridones
Que moviendo garzotas y plumages
Arrastran rapacejos y borlones
De paramentos de ormesi bordados
Con cifras y quarteles recamados.

Y cerrando la grave comitiva
Entra en el circo un carro primoroso,
Que en ruedas vistosisimas estriva,
Con exquisito adorno artificioso:
Un enano gobierna desde arriba
El tiro de caballos animoso
Y es su carga de yelmos y de arneses,
Lanzas de guerra, tarjas y paveses.

Luego que con alardes y escarseos
Este acompañamiento hizo su entrada,
Despues de dar en órden tres paseos
En torno recorriendo la estacada,
Entre aplausos y gratos vitoreos,
Despejó la comparsa engalanada,
Y los nueve tambien se retiraron
Y la plaza á Quiñones le dexaron.

CANTO TERCERO.

Amor, tirano Amor, ¡ quan misterioso
Es el impulso de tu aguda flecha !
En vano el corazon mas cauteloso
Huye tu fuego y tú poder desecha:
El pecho mas altivo y desdeñoso
Si tu arco corvo y tu saber le acecha
Al fin rendido por su rey te aclama
Y alienta solo tu sabrosa llama.

Ya, ó Lesbia mia, del amor el fuego
Empieza á arder en Doña Luz la esquiva
Y siente un interior desasosiego
Que de crueldad y de rigor la priva:
Lo que no pudo del amante el ruego
Puede el ver principiar su hazaña altiva:
Y ya mira al guerrero y palidece,
Y admira su denuedo y lo agradece.

El que intentare ser correspondido
Logrando quebrantar una altiveza
Siga al objeto à quien este rendido
Con anhelo constante y con firmeza:
Y en mirando su afan agradecido
Tenga por cierto que su dicha empieza
Que de agradecimiento amor se viste
Y vence el pecho así que le resiste.

Solo en la tela el ínclito Don Suero
Dió un repelon al potro belicoso,
Que obedeciendo al acicate fiero
Bufó, se enarmonó, partió furioso:
Detùbole de pronto el caballero
A la mitad del circo polvoroso
Y apoyado en la lanza inquieto espera
Quien probarse en la lid primero quiera.

Quando por la otra puerta entró atrevido
Un cavallero ricamente armado,
El arnes con labores esculpido
Y de piedras preciosas adornado:
El sobervio creston de oro bruñido
Lleva con plumas jaldes coronado
Y una lanza gruesísima blandia
Con denodado esfuerzo y gallardia.

Era Aleman, Arnaldo se llamaba,
De la Selva Bermeja Cavallero,
Y con jaldes adornos manejaba
Un tostado alazan fuerte y ligero:
En el siniestro brazo levantaba
Ancho paves, y en él por timbre fiero
De siempre-viva una florida rama,
Y este gallardo mote, *Así mi fama*,

Ya el Sol partido estan los justadores
Frente á frente, y el pueblo numeroso
Admira los vislumbres y labores
Del uno y otro arnés esplendoroso:
Ansiando que los bélicos clamores
Den la señal del choque peligroso:
Y Doña Luz le espera, cuidadosa
Demudada tal vez la faz hermosa.

Suena el clarin, y en ristre la arandela,
Y la targeta en alto levantada,
Tiñen de sangre la estrellada espuela,
Y arrancan con presteza arrebatada:
Uno y otro bridon furioso vuela,
La tierra gime, tiembla la estacada
Y con tan recio golpe se encontraron,
Que aun tiempo entrambas lanzas quebrantaron

Toman otras mas gruesas y fornidas;
Revuelven animósos, y Don Suero
Afloxa diestro las tirantes bridas,
En busca del Germano cavallero:
Este tambien las riendas extendidas
Sale á encontrallo en ademan ligero,
Y Quiñones con garbo y con pujanza
En su gorjal rompió la dura lanza.

Rotas yá tres, segun las condiciones
El extendido circo despejaron,
Y dando aplauso á entrambos campeones
Los tablados y gradas resonaron.
Y otros dos valentìsimos varones
En la palestra con denuedo entraron:
Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,
Que sale à mantener el paso honroso.

Era el conquistador Però Zapata,
De Aragon cavallero, que un tordillo
Oprime audaz, y muestra de escarlata
El paramento con bordado brillo:
Sobre el alto creston de blanca plata
Lleva un penacho roxo y amarillo,
Y en la tarja un volcan pintado habia,
Y, *Ved mi pecho*, el rótulo decia.

Tomando campo al uno y otro lado,
Hizo señal la trompa, y valeroso
Ravanal con el cuerpo soslayado
Encontró al de Aragon firme y brioso:
Con la lanza el escudo le ha pasado,
Abollandole el peto poderoso,
Y sin romper las picas revolvieron.
Y con nuevo furor se acometieron.

Zapata á Ravanal en la cimera
Dió un atrevido bote con su lanza,
Y el hermoso penacho le hechó fuera
Con gran destreza y singular pujanza.
Ravanál que se vió de esta manera,
Ardiendo en vivo fuego de venganza
Al de Aragon cargó con saña altiva,
Y del arzon le saca y le derriba.

Luego al punto los Jueces decidieron
Cumplida la carrera, aunque furiosos
Volver de nuevo al lance pretendieron
Ambos á dos guerreros orgullosos.
Pero que obedecer la lei tuvieron;
Y al ver que el Sol sus rayos luminosos
En el remoto ocaso recogia,
Cesó la justa hasta el siguiente dia.

Para mas diversion y mayor fiesta
Músicas y banquetes se ordenaron,
Iluminando el circo y la floresta,
Y las horas en danza se pasaron:
Hasta que en no aprendida dulce orquesta
Las aves á la Aurora saludaron,
Que otra vez comenzó la justa honrada,
Y se ocupó de nuevo la estacada..

Salió por defensor del paso honroso
Diego Bazan, ansioso de batalla,
Y por conquistador entró animoso
Liñan, cubierto de luciente malla;
Un cervuno revuelto muy brioso
Con duro freno rige y avasalla,
Y lleva verde obscuro el equipage,
Y verde los adornos y el plumage.

Un ancora rompida en el escudo
Pintó por cuerpo de su triste empresa,
Por mote, *Mi esperanza*, y con forzudo
Brazo blandia un asta dura y gruesa.
En quanto oyó el clarin partió sañudo,
Tambien Bazan arranca á toda priesa,
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas
Pasan hechas sus lanzas mil hastillas.

Toman otras al punto, y atrevidos
Lleno de sangre el bárbaro acicate,
Se encuentran nuevamente enardecidos
Ansiosos de acabar aquel combate.
Rompiéronse las tarjas, y ofendidos
De que á la par la suerte los maltrate
A un tiempo en ristre ponen la arandela
Y arriman al bridon la roxa espuela.

Bazan alta la punta de la lanza
A Liñan abolló todo el almete.
Este sin aturdirse con pujanza
La punta por las placas le entremete.
Se separan de nuevo, y en venganza
Ardiendo cada cual fiero arremete,
Y al batir el hijar Liñan altivo
Rompió una accion, y se le fue el estribo.

De este modo acabada la carrera,
Alvar Gomez ocupa la estacada,
Y por conquistador entró de afuera
El bravo Don Gutierre de Quixada.
Su arnes resplandeciente reverbera
Como un lucero, y lleva engalanada
Con trenzas y vistosa argenteria
Una andaluza remendada pia.

Una Fenix volando renacida
De enmedio de una hoguera ha colocado
Sobre la tarja de oro guarnecida
Y este mote discreto y apropiado:
La llama que me abrasa me dá vida.
Y ostentando en la cuja al diestro lado
Alta y fornida lanza inquieto espera
El ronco son de la trompeta fiera.

Sonó por fin, y cada qual encaja
La pica en ristre, y póne contra el pecho
El ancho escudo, y con la punta baja
A buscar al contrario vá derecho.
Alza la pia polvorosa braja
Y su dueño un bolcan de fuego hecho
A Alvar Gomez encuentra en una greva,
Y el muslo le desarma y se la lleva.

Alvar Gomez al punto ardiendo en ira
Vuelve otra vez encontra de Quixada,
Que aunque soslaya el cuerpo y lo retíra
Recibe sobre el yelmo la lanzada:
Aturdido del golpe atrás se tíra,
Dexa la brida casi abandonada,
Y la pia espantada y temerosa
Se empina, y bufa, y bóta recelosa.

En si vuelve Quixada, y de la suerte
Que hollada sierpe por villana planta
El cuello enhiesta amenazando muerte;
Asi despierta, ardiendo en rabia tanta:
La brida coge afirma el asta fuerte
Y sobre los estrivos se adelanta.
Gomez le espera firmes las rodillas
Y ambas lanzas se hicieron mil astillas.

No pudieron justar mas largo rato,
Dexáron la estacada, y vino á ella
Lope de Aller de marte fiel retrato,
Luciendo su armadura limpia y bella.
Y con gran pompa gala y aparato,
Aun mas resplandeciente que la estrella,
A conquistar entró Freire de Andrada
Con una rica cota bien templada.

Fatiga los hijares de un castaño,
Obediente á la brida y á la espuela,
Con paramento de purpureo paño,
Bordado de menuda lantejuela,
En la cimera por adorno extraño
Una encrespada crin ondosa vuela:
Su empresa es una hermosa y fresca caña,
Y el mote: *Fragil y á la vista engaña.*

Ya el sol con tibia luz desde occidente
En los brillantes petos reflexaba,
Quando el son de la trompa de repente
Del fiero acometer la seña daba.
Uno y otro guerrero el potro ardiente
Aflixe y la tarjeta levantaba,
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos
Hacen saltár sus lanzas en pedazos.

Y otras nuevas tambien rompidas fueron
Al ultimo crepusculo del dia,
Y los dos justadores mantuvieron
Su excelsa fama y alta nombradia.
Las armas con la luz se concluyeron,
Hasta que al asomar del Alva fria
Vinieron á la liza otros guerreros
Ceñidos de fortisimos aceros.

A mantener audaz el noble paso
Villacorta sálió, soldado fuerte.
Largo en hazañas, en hablar escaso,
Y de Moros azote horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el arogones Francisco Faces,
Terror tambien de las moriscas aces.

Benavides despues su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Rompiendo otras lanzas con destreza
Con su competidor Jofre Cabada.
Y Zùñiga tambien su alta nobleza
Probó y dexó su fama acrecentada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

Y á sostener la liza entró gallardo
Pero Nava el valiente y el forzudo,
Conduce su corcél á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Quando con paramento roxo y pardo
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo con cabos negros y brioso
Salió á la lid Abreo el jactancioso.

Era de Portugal, de animo fiero,
De dura condicion, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporcion y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrévido, insolente, amenazante,
Despreciador de agena valentia,
Y lleno de soberbia altaneria.

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero craneo y parda piel de un oso,
A quien muerte tal vez el mismo diera.
De un refornido fresno alto y ñudoso
Su gruesa lanza fabrícada fuera,
Y una aguila en la taja pintó al vivo,
Y este soverbio móte, *Aun mas altivo,*

Los senos de la tierra retembláron
De ginete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron,
Que alli ocurriese algun fatal suceso:
De su feroz aspecto se turbaron
Viendo que á Nava lleva tanto exceso;
Mientras él no alterado gloria nueva
Espèra muy gozoso de esta prueba.

Sonó el clarin, y silvadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte mas veloz y mas derecha,
Que Nava contra el fiero Lusitáno.
Este tambien con colera deshecha
Rompe el hijar del pisador lozáno,
Y el concurso al estruendo se estremece.
Y el polvo sube al Cielo y lo obscurece,

Nava firme y seguro en los arzónes
Sobre el estrivo diestro se suspende
Alza el escudo, bate los talones
Y entrambas bridas al Caballo extiende:
Y librando su peso en las acciones.
Sobre el péto enemigo el asta tiende
Llegando con tal impetu á encontrallo,
Que derribó al ginete y al Caballo.

Del modo que en el agria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja,
Al golpe tronador del rayo ardiente,
Peñasco nmensurable, y se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baxa:
Asi á impulso de Nava en presto vuelo
Jayán, lanza y caballo vino al suelo.

De Orbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y son de la armadura,
Retumbaron las cuevas de las fieras,
Y resonó su estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisongeras,
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

El Portugues corrido y de ira ciego
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego
Y la visera está desenlazando:
Sus parciales y amigos corren luego,
Y con son descompuesto amenazando,
A Nava insultan con audacia fiera,
Y piden que no valga la carrera.

Y con voces à todos desafian,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza,
Unos la ardiente espada requerian,
Otros aprestan la nervuda lanza...
De Nava los amigos acudian
Crece la confusion, ya no hay templanza,
Cunde de la discordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razon ni el ruego.

El monarca Don Juan al punto ordena,
Que entre á calmar los animos Don Suero
La trompeta real y el bando suena
Y entra en la plaza el noble caballero:
Con su entrada la turba se serena
Y al ver su grave rostro airado y fiero,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Baxan las armas, cálmase el disgusto.

Como quando en Occéano espumoso
El uno y otro resonante viento
Cubre el cielo con luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento;
Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el uracan, las nubes huyen
Y las hinchadas ondas se destruyen.

El discreto Don Suero de Quiñones
Por dexar todo bando apacigüado
Recuerda las juradas condiciones
Y vuelve el circo á su primer estado:
Y Abreo nuevamente los arzones
Ocupando vencido y despechado,
Acompañado de su gente osada
Confuso se salió de la estacada.

Entró en ella el gallardo Pero Rios,
Que el blando bozo le apuntaba apénas ...
¿Por qué tierno doncel en desafios
Tus delicados brazos hoy estrenas?
Si solo entre placeres y amorios,
Y en las batallas del amor serenas
Tienes tu blando pecho exercitado,
¿Por qué, dì, te presentas hoy armado?

Tu feliz en amor con mil canciones
Al suave y triste son de la vihuela,
Arrastras femeniles corazones,
Y por su amor el tuyo se desvela.
¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
y así ensangrientas la redonda espuela....?
Pero ¡Ah! que eres ilustre y noble y mozo,
Y las armas te causan alborozo.

Ufano la estacada recorriendo
Mirando á los balcones y á las gradas,
Las blancas plumas del creston moviendo
Y mostrando riquísimas lazadas
Mil almas juveniles va rindiendo
De su lozano garbo aficionadas
Y su dama turbada y cuidadosa
Ya lo mira risueña ya zelosa.

Quando por otro lado á paso lento
En un morcillo hermoso y enlutado
Con negro y amarillo paramento,
Lo mismo que el penacho levantado;
Entró mostrando duelo y sentimiento
Ceñido de un arues empavonado,
El desgraciado Lope de Ferrara,
A quien una gran pena acongojara.

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
Celebrada en el reyno valenciano
Por ser entre sus damas la mas bella
Aunque acosada del destino insano.
Pues estando Ferrara apar con ella
Cerca del mar en un frondoso llano
Unos corsarios bárbaros llegaron
Y su dulce querida le robaron.

El desde entónces en llanto sumergido
De negro y triste luto se vestia,
Que el cautiverio de su bien perdido
Lloroso y fatigado le traia.
Lleva el pavés oscuro y estendido,
Y en medio de él tan solo se veia
Por mote, *Mi ventura*, y dibuxada
Una rosa marchita y desojada.

Corrió tres lanzas con el tierno Rios,
Que aunque no exercitado en esta prueba,
Su misma ilustre cuna le da brios;
Y por escudo à la fortuna lleva.
Si antes era famoso en amoríos,
Hoy por armas adquiere fama nueva:
Y llevando mil almas cautivadas,
Dexa el circo entre aplausos y palmadas.

Quando confusa y sorda griteria
Vivas, aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo, que cundia
Por los delgados y apacibles vientos
Porque otra vez con noble gallardía
Con ricos y bordados paramentos
Entra en el circo el mìlito Quiñones
Caudillo de los nueve campeones.

Don Bueso de Solis afortunado
Sale á la lid en un caballo overo,
Que en frondoso Betis se ha criado,
Fuerte, rebuelto, altísimo y ligero;
Celeste capellar lleva bordado
Y celestes la banda y el plumero:
Y un corazon do un aspid hace presa,
Pintando zelos, lleva por empresa.

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horrisona obedece
Uno y otro varon la hasta blandiendo,
El uno y otro potro se enfurece
Y batiendo la arena en ronco estruendo,
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que Don Bueso perdió lanza y escudo.

Se apartan y volviendo á la lid fiera
El caballo, que á Suero conducia
Se empina y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecia.
Pasar quiso Don Bueso en la carrera
Pero estaba muy cerca y no podia,
Y aunque retira la fornida lanza
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

Destrozóle el siniestro güardabrazo,
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriendole en el brazo
Traspasado quedó de amarga pena,
Don Suero con gentil desembarazo
Teñido en sangre y con la faz serena,
Mira á su dama, vuelve y á Don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

Doña Luz cuidadosa con semblante
Inquieto aquel desastre atenta mira,
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira:
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira,
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena
De lagrimas la faz demuestra llena.

Triste silencio en el concurso mudo
Se difunde con subito cuidado
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y desgraciado:
Solo Suero desprecia el golpe crudo,
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, y el susto alexa
Y la palestra entre los suyos dexa.

CANTO QUARTO.

Era la noche, y lánguida y luciente
Desde el alto zenit sus luces daba
Lucina, y en la placida corriente
De órbigo cristalino reflexaba:
El dulce y agradable y fresco ambiente
Las altas alhamedas agitaba
Y bañado en letargico beleño
Al orbe daba silencioso sueño.

Reyna dulce quietud en la llanura,
Y solo se escuchaba al claro rio
Murmurar al traves de la espesura
Caminando con manso señorio:
Y goza del reposo á su frescura
El inmenso concurso y gran gentió,
Que concurriera á ver la noble fiesta
Y que ocupaba en torno la floresta.

Los nobles y valientes caballeros,
Qué ya en la lid sus armas han probado
Desceñidos los belicos aceros
Se entregan al reposo regalado,
Y si hay alguno que rigores fieros
Llore de amor con pecho amartelado,
En su soberbia tienda recogido
Al fin consigue el sueño apetecido.

Doña Luz en la suya acompañada
De su amiga constante Doña Elvira,
Inquieta, pesarosa, desvelada
De la pasada accion habla, y suspira:
Pues de Suero la herida desgraciada
El sueño de sus parpados retira,
Que la vertida sangre la enternece,
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

Quiñones desmayado y congojoso,
Dentro en su pavellon triste y herido
Tampoco goza del comun reposo,
De varios pensamientos combatido:
Ya curado con balsamo precioso
Estaba, que el rei quiso que asistido
Por su fisico fuese, muy nombrado
De Esculapio en la ciencia exercitado.

Inquieto y solo el noble caballero
No tanto le molestan los dolores,
Que le causara el peligroso acero,
Quanto de su Señora los rigores
Triste se quexa del destino fiero
Y juzga por perdidos sus amores,
Temiendo que empañada esté su fama
Con la herida á los ojos de la dama.

Tal vez recuerda el lisongero sueño
En que de Orbigo oyó la profecia
Que el éxîto feliz del arduo empeño
Y el premio de su amor le prometia:
Pero el encanto aquel tan alahueño
Ilusion de su mente lo creia
Juzgando inutil su hazañoso intento,
Y torna al llanto y vuelve al sentimiento.

Afligido, turbado y pesaroso
Por sosegar su fatigado pecho
Hablar quiere á su dueño desdeñoso
Y salta fuera del mullido lecho.
Pero en sí vuelve luego temeroso,
De su resolucion no satisfecho,
Y como sabe respetar quien ama
Antes quiere el permiso de la dama.

A Vanguarda su page y escudero
Que en todas ocasiones le servia
Llamó el amartelado caballero
Que en vivo amor su corazon ardia:
Y le dixo: — Mi amigo, veligero
Al pabellon de la señora mia,
Y humillado á los pies de su grandeza
Cuentale mi dolor y mi tristeza —.

—Dile que ausente de sus ojos bellos
No encuentro cura á mi sangrienta herida,
Que mi remedio está cifrado en ellos,
Pues son arbitros solos de mi vida;
Y que si me permite el ir á vellos
No tendra igual mi dicha, pues rendida
Mi alma á sus plantas curaré, y el brio
Cobrará en el momento el pecho mio —.

Dixo, y partió Vanguarda obedeciendo
Y Suero entre temores y esperanza,
Inquieto el resultado está atendiendo
Con menguada y pequeña confianza:
Y su resolucion luego sintiendo
Suspiros mil arrepentido lanza
Duda, teme, cavila, desespera
Y desengaños el cuitado espera.

En aquella floresta y fresco prado
Alfombrado de flores y verdura
Un rico pabellon hay levantado
Que á todos aventaja en hermosura
De rico terciopelo esta colgado
Cubierto de exquisita bordadura
Y es entre todos el que mas descuella,
Digna mansion de Doña Luz la Bella.

Llega á esta tienda excelsa y adornada
Del herido amador el mensagero,
Discreto hizo señal desde la entrada
Y salió á recibirle un escudero,
Que entrando á lo interior de la morada
A Doña luz le dixo que de Suero
El page alli se hallaba, y al instante
Mandó que entrara, y el paso adelante.

Acompañada Doña Luz de Elvira
Oye el mensage de su esclavo herido,
Por su salud pregunta y aun suspira
De rubor el semblante enrojecido.
De su curiosidad luego se admira,
Cobra el rigor que casi habia perdido
Y esquiva y altanera se arrepiente,
Y que venga Don Suero no consiente.

Fiel Avangüarda en pretenderlo insiste
Para dar vida á su aflijido dueño,
Doña Luz le descha y le resiste
Con lagrimas tal vez, tal vez con ceyo :
Ya va á marchar el escudero triste
Sin esperanza de lograr su empeño,
Mas Doña Elvira lo detiene y llama,
Y asi le dice á la confusa dama.

¡Ah Doña Luz!... sin duda fabricado
De marmol insensible fué tu pecho,
O alguna fiera loba te ha criado
En tosca gruta y en sangriento lecho,
Quando el llanto de un tierno enamorado
Tu severo rigor no ha satisfecho;
Ah señora! modera tu altiveza
No opongas al amor tanta dureza.

¿Es posible ¡Ay de ti! que un fino amante
Asi deseches con cruel desvio?
¿Su constancia y valor no son bastante
Para templar tu desdeñoso brio?
¿Nó lo has visto por ti quedar triunfante
En uno y otro honrado desafio?
¡Ay!..., ¿por tu causa derramar no viste
La noble sangre de tu esclavo triste?

Muevate á compasion sino la llama,
Que tu en su corazon has encendido,
Las lagrimas al menos que derrama,
Y el verlo agora por tu causa herido:
Lastima ten de quien tan firme ama,
De quien con tanto honor ha combatido:
Curadlo solo tu presencia puede
Ten piedad de el que venga le concede.

Cesó llenos de lagrimas los ojos,
Y Doña Luz tambien las derramaba
Y sus mexillas qual carmines roxos
Encendidas de amor manifestaba,
Y deponiendo el ceño y los enojos,
Que ya su hermoso pecho abrasaba
Dixo: ¡Ay Elvira! con primor persuades,
Logras esclavizar las voluntades.

¿ Pero que venga quieres? ¿Es tu intento?
Mas ¡ Ay ! que su dolor me compadece
Y su pena me causa cruel tormento,
Y mi pecho su amor tierno agradece
¡ Infelice de mi! Y en el momento
Doña Elvira al notar que se enternece
Resuelta dixo al habil mensagero
Id, y que venga le decid á Suero.

Partió veloz el eficaz Vanguarda
Y Quiñones inquieto y cuidadoso
Y con despecho su venida aguarda
Temiendo un desengaño rigoroso:
Impaciente imagina que ya tarda
Quando entró el escudero muy gozoso
Y á llegar á sus plantas se acelera
Para decirle que la dama espera.

Con la agradable nueva en alegria
En gozo y en placer su alma se anega,
El corazon del pecho le salia,
Y á esperanza dulcisima se entrega:
Felice yo, felice repetia
La ansiada aurora de mi dicha llega
Y olvidando su herida, enagenado
Se apresta á ver su dueño idolatrado.

Sayo verde en señal de su esperanza
Se viste con bordado cordonage,
El brazo herido de la dura lanza
Envuelve en un limpìsimo vendage,
Y un sombrerillo á la española usanza
Con blancos afollados y plumage
Terciado lleva, y un tahali vistoso
Do suspende el estoque primoroso.

Asi galan que el que enamora y ama,
Gusta de galas, plumas, y primores,
Vuela á la tienda de la hermosa dama,
Y ora lleva esperanza, ora temores:
Ya de su pecho la ferviente llama
Le hace pisar con palidos temblores,
Ya entre si ensaya lo que hablalle debe
Ya turbado, ó lo olvida, ó no se atreve.

Asi entre dudas lleno de recelo
Ve el pavellon donde su amor vivia,
Y por lograr su fatigoso anhelo
Turbado en el umbral el pie ponia.
Doña Luz que lo espera con desvelo
Estaba de su amiga en compañia,
Quando de un escudero precedido
Se presenta à sus pies Suero rendido.

Mas que la rozagante Aurora hermosa
La bellisima dama se mostraba,
Son sus mexillas de jazmin y rosa
Donde la fresca juventud brillaba:
De perlas y coral la deliciosa
Boca do amor gozoso se ocultaba,
Y el albo pecho y cuello torneado
De blanquisima nieve fabricado.

Arpones de Cupido son sus ojos,
Y en la alta frente blanca como el dia,
El cabello negrisimo en manojos
Con broches de diamante suspendia
Blanco vestido con fellados roxos
De vellori, brocado y pedreria,
Y un rico ceñidor de oro bordado
Ostenta sobre el talle delicado.

¿Tal gallardia, tanta gentileza,
Que corazon habrà que no la amara?
¿A quien tan alta y singular belleza
Con amoroso fuego no abrasara?
¿Que pecho quebrantada su dureza,
Al ver aquellos ojos no encontrara?
¿Quien aquel talle y faz graciosa y bella,
Pudiera ver, sin palpitar por ella?

Solo yo, Lesbia mia, sosegado
La viera, porque á tí rendido adoro:
Y fuera Doña Luz puesta á tu lado
Como la plata comparada al oro.
Perdona si encarezco en el traslado
De su beldad y gracias el tesoro;
Que á ella la pinto, porque tengo hecho
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

Ante su dama el noble caballero
Baxa la frente y dobla la rodilla,
Y ella depuesto su rigor severo
Viendo quan tierno ante sus pies se humilla,
Alzó agradable al ínclito Don Suero,
Y aumentado el carmin de su mexilla
Sentar le manda, y él allí á su lado
De este modo le habló todo turbado.

Ylustre y hermosisima Señora,
Cuyo cautivo soy con gloria mia,
Y á quien mi corazon humilde adora
Rendido á vuestra noble gallardia:
De que os moleste á tan extraña hora
Perdonad os suplico la osadia;
Que si vuestra presencia no buscara,
Mi triste vida al pronto se acabara.

De vuestro amor está mi pecho herido,
Y mi brazo lo está del duro acero;
En vano al dulce sueño auxîlio pido,
Que huye de mi su encanto lisongero:
Y al verme de este modo combatido
Por todos lados del destino fiero,
Vengo á buscar en vos, señora mia,
O dulce muerte, o placida alegria.

Ya gozo el alto bien de estar postrado
A vuestra bella planta, el brazo mio
Ya olvidó su dolor, ya está curado
Y ya cobró otra vez su antiguo brio:
Hora por aliviar mi acongojado
Pecho, (pues de mi suerte desconfio)
Que me mostreis, os pido, si os agrada
La justa á vuestro obsequio dedicada.

Que aunque la ciega Diosa en la postrera
Lid á mis armas dió fatal desgracia;
Mi ardiente pecho, alta señora espera,
(Si de vuestros dos soles con la gracia,
Me auxîliais grata en la ocasion primera)
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia,
El modo con que debe complaceros,
Quien se atreve á justar por merceeros.

Gozosa escucha Doña Luz á Suero
Tan discretas y amantes expresiones,
Y le contexta: Ilustre caballero,
Las hazañas y altisimas acciones
Del que es tan buen galan como guerrero,
Placen siempre á los nobles corazones,
Y un reves de fortuna no es bastante,
A empañar vuestra gloria relevante.

Mucho merece vuestro excelso aliento,
Noble Quiñones, continuad osado,
Que vuestro gran valor y alto ardimiento
Nadie puede mirarlo sin agrado.
Y para que ciñais ese sangriento
Brazo en la última justa desgraciado
Tomad este bendage ilustre Suero,
Bendad la herida que os causó el acero.

Dixo y se desprendió del talle hermoso.
La banda conque el cuerpo se ceñia,
De rico terciopelo muy vistoso,
De aljofar recamada y pedreria.
Y la recibe Suero tan gozoso,
Que el corazon del pecho le salia,
Y en el herido venturoso brazo
La ató la dama en un gracioso lazo.

Ya de grama teñido el roxo oriente
Los celages en purpura esmaltaba,
Y de Titon la esposa refulgente
El lecho conyugal abandonaba.
Resonó la alborada dulcemente,
Y el viento en armonia se bañaba,
Las aves á la Aurora saludaron,
Y el sueño de la tierra desterraron.

Al concertado son tembló Don Suero,
Lleno de gozo el pecho, y consolado:
Y de la trompa el resonar guerrero
Ya se escuchaba de uno y otro lado.
Dexó su asiento el bravo caballero
Y á los pies de su dama arrodillado
Dixole atento: Alta señora mia,
Ya el clarin nos anuncia el claro dia.

Vuelvo á las armas y á la justa honrosa,
Miradme grata, acrecentad mi brio,
Que con vuestra influencia poderosa
En nada de mi suerte desconfio:
Y mas quando esta prenda venturosa
Que vos misma habeis dado al brazo mio
El triunfo me asegura y la vitoria
Y que mi empresa acabaré con gloria.

Y acatando con placida mesura
A la casi rendida bella dama,
Gozoso de su dicha y su ventura,
Marcha á la justa, do el clarin le llama.
Ya del rubio titan la lumbre pura
Los blandos vientos con su ardor inflama,
Y ya tornan los bravos justadores
A la tela entre aplausos y atambores.

Los balcones y gradas resonaron,
Y en la estacada entraron los guerreros,
Los animosos las trompas inflamaron,
Y empezaron la lid los caballeros:
Zuñiga fué el primero á quien miraron
Dar crudos golpes y abollar aceros,
Y luego á mantener salió animoso
Villacorta, y despues Arias famoso.

Tambien justaron á la luz siguiente
Gomez, Aller, Basan y Benabides
Y los cuatro con animo valiente
Aumentaron su fama en estas lides:
Al otro sol siguió la justa ardiente
Y el bravo Nava semejante á Alcides
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado
Un arnes refulgente y acerado.

Y luego Pero Rios atrevido
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greva
Despues de un gran combate mui reñido,
El triunfo alcanza y los laureles lleva:
Suero tambien aun no restablecido
Vino despues á la esforzada prueba,
Y el yelmo destrozó y arnes y escudo
De Torren, Catalan fiero y forzudo.

A la siguiente Aurora el ronco estruendo
De trompas, añafiles y atambores
Llamó al honroso paso, enardeciendo
Los pechos de los nobles justadores,
Que las lanzas gruesísimas blandiendo,
Y acosando los potros corredores
Sembraron por la plaza las riquezas,
De sus arneses, y templadas piezas.

Y cuando el sol los rayos de su frente
Ostentaba en Zenit enrojecido,
Turbó un ronco clarin el seco ambiente
Cesando el combatir á su sonido.
Y entró en el circo apresuradamente
El farante Guarin, y dirigido
A los jueces, teniendo al vulgo atento
Les dixo de este modo en alto acento.

—Sabed ó jueces, que en el paso ha entrado
Sin que traiga consigo caballero
Una ilustre Señora, que á su lado
Tiene un page no mas y un escudero:
La condicion prescripta le he mostrado
Y dando espuela al palafrén ligero,
Detras de mí se acerca á la estacada
A entregaros la prenda señalada.—

Y en el momento fue la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta
Y vestida de luto en un brioso
Palafren con riquísimos jaeces,
Llega por fin delante de los jueces.

Llevaba en pos vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas
Sobre un lozano potro un pagecillo,
Adornado con plumas encarnadas:
Y en un fogoso pisador morcillo,
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero por decoro anciano
Con luenga barba y con cabello cano.

Los dulces y sonoros instrumentos
Con armonico son la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno suavemente resonaron:
Y los expectadores muy atentos
A la dama los ojos asestaron,
Y ella ante los dos jueces alzó el velo
Y descubrió por rostro un claro cielo.

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucia,
Y sus mexillas cuál de nieve y grana,
Con púdico rubor tal vez cubria:
Mas bella que aparece á la mañana
La mensagera del luciente dia
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Al mismo amor pueden causar enojos.

En alta y dulce voz, aunque turbada,
Baxando entrambos soles con mesura,
Saludando al monarca recatada
Asì dixo con noble compostura:
—O jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro sin ventura,
Sola y viuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.—

—Si, ó jueces, á vosotros hoy lo entrega,
Y sin tener quien luego le rescate,
Que à vivir mi marido Alfonso Vega,
Le conquistara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que u a prendancia,
Os doy, que á vivir él no os la daria.—

Cesó, y les entregó su blanco guante,
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Y le puso mas bello y mas hermoso:
A todos les parece interesante
Y sienten ya su llanto doloroso
Y ella dexó caer el blanco velo
Para ocultar su triste desconsuelo.

El ilustre Don Juan de Benavente
Deudo del brabo Suero de Quiñones,
Atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones:
Y el dulce amor allá en su pecho siente
(Pues nunca pierde amor las ocasiones)
Y ardiendo en fuego de amorosa llama,
No separa los ojos de la dama.

Y dende su balcon, en alto acento
Gritó: —Ilustre Señora, el brazo mio
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafio.—
Y mas veloz que el mismo pensamiento,
(Que amor aumenta su gallardo brio)
De los jueces del campo en la presencia
Para entrar en la lid pide licencia:

Se la dieron al punto, y la Señora
Gracias por su gentil cortesania,
Y él con dulces requiebros la enamora
Y su amoroso afan le descubria.
Ella con leda faz encantadora,
Lo agradece tal vez y se reia,
Y al balcon de las damas sube luego
Y á armarse va D. Juan ardiendo en fuego.

Continuó en tanto la esforzada lucha,
Que suspendió la entrada de la dama,
Y apénas concluida ya se escucha
La trompa que á otra lid convoca y llama:
Y entró en el ancha tela, do con mucha
Honra quiere aumentar su clara fama
Zuñiga á mantener el paso honroso
En un caballo negro muy brioso.

Quando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y peto diamantinos,
Entró el gran Benavente amartelado.
Suenan flautas y roncos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argenteria,
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y bizarria:
El arnes refulgente dibujado
Con engastes de rica pedreria
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y alli enredado de la dama el guante.

Los brazales y grevas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturon ostenta con lazadas
Y piedras preciosisimas pendientes,
Y perlas y amatistes engarzadas
Formando mil dibuxos relucientes
Y tercia mi alta lanza guarnecida
De arandela, y con barras rebutida.

De tanta gala y tanta gallardia
Ufano, y del ginete que le oprime
El fogoso tordillo, que regia,
Las herraduras en el campo imprime:
Y con altos relinchos encendia
El aura, mientra el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del herrado callo
De tan hermoso cordobes caballo.

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos
Toma campo hácia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reberveros.
Doña Leonor gozosa se demuestra
Y anhela ver lidiar los caballeros.
Don Juan la mira, y á él le mira ella
Con placido semblante, y con faz bella.

Sonó el clarin y alegre Benavente,
Y Zuñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente
Con el escudo en alto levantado.
Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y Don Juan con el cuerpo soslayado
A Zuñiga tocó con tal pujanza,
Que hizo pedazos la fornida lanza.

Volvieron á la lid y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garvo y su denuedo relevante.
Y los dos de la liza se salieron,
Y Don Juan fué á entregar el libre guante
A la dama, que al punto agradecida
Por su valor le dió gracias rendida.

Y aunque mira su prenda rescatada,
Como espiraba ya la luz del dia,
Detuvo aquella noche su jornada
Y en el sarao mostró su gallardia:
Y danzó con Don Juan que cautivada
Su alma en amor con dulce llama ardia;
Pero ¡ay! que al asomar la roxa aurora
Se ausentó su hermosisima señora.

Siguió el honroso paso, y en la tela
Entró Basan, mas fué tan desgraciado
Que perdió en el encuentro la rodela,
Justando con Negrete el afamado:
Y luego Aller, cuyo caballo vuela
Quedó con todo un muslo desarmado
Sin poder resistir la gran pujanza
De Alfonso Deza, y de su dura lanza.

Asi con varios lances y altos hechos
Su noble esfuerzo y su valor mostraron
Los atrevidos castellanos pechos
Y su nombre y su fama acrecentaron:
De astillas, y de plumas y desechos
Arneses la ancha plaza alli sembraron,
Y veintinueve luces se cumplieron
Y hazañas mil executadas fueron.

Llegó el último dia señalado
De la famosa justa y paso honroso.
Y el carro Apolinar de luz cercado
Apareció en oriente explendoroso,
Inmensisimo pueblo se ha juntado
A ver el fin del hecho glorioso,
Ocupando las gradas, y ya suena
La ronca trompa que la lid ordena.

Entró en la tela el inclito Quiñones
Caudillo de los nueve caballeros,
Y tablados y gradas y balcones
Le tributan aplausos lisongeros:
Y el del creston moviendo los airones,
Y luciendo la malla y los aceros,
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo
La banda de su dama atada al brazo.

De un alazan ligero y poderoso,
Que del Betis pació la verde grama
Oprime el lomo, y el bridon furioso
El aura pura con su aliento inflama:
Digno solo de dueño tan glorioso
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,
Con chapas adornado y rapacejos
Despide brillantisimos reflexos.

Y ufano con el alto personage,
Que lleva, y que templar sabe su brio,
Apena de oro y sedas el rendage
Sujeta su altivez y poderio:
El costoso riquisimo equipage
Ostenta con pomposo señorio,
Alza menuda braxa, y á su empuje
Lanza, escudo y arnes relumbra y cruje.

El sol á la mitad de su carrera
Derramaba su fùlgido torrente
Y aun al honrado paso no viniera
Ningun conquistador. Y ya impaciente
Don Suero en medio de la plaza espera
Y la tardanza del combate siente,
Pues anhela su pecho generoso
Dar á su noble empresa fin glorioso.

Apolo declinaba disgustado
De ver ocioso al ínclito guerrero,
Quando sonó el clarin, que alborozado
El corazon dexó del caballero:
Y entró en el circo por el diestro lado,
Con doble arnes, y con apecto fiero,
Un guerreador fornido y corpulento
Mostrando gran valor y osado aliento.

Esberte Claramonte se llamaba,
Ilustre Aragones, duro y altivo,
Que solo en sangre y muertes se gozaba
De vista ardiente y pecho vengativo:
Los encantos de amor menospreciaba,
Que jamas de Acidalia el fùego vivo
Sintió en su corazon feroz y osado
A guerra y á venganza acostumbrado.

No lleva en el broquel mote ni empresa
De amor ó de amistad ó gallardía,
Que su pecho por nadie se interesa,
Y ni amante ni amado ser queria:
Y en el fulgente escudo solo expresa
Por timbre de su noble gerarquía
En campo gules una faxa sable,
Y un dragon escamoso y formidable.

Este monstruo de horror y atrevimiento
En un caballo altisimo y membrudo
Entrose por la tela à paso lento
La hasta blandiendo en ademan forzudo:
Paró de pronto, y con audaz acento
Vuelto á Quiñones, dixole Sañudo:
¿Y qué solo á la lid un caballero
Viene á probar mi fulminante acero?

¿Tu solo ante mi vista aqui te pones,
Femenil guerreador? ... que salgan luego
A ayudarte tus bravos campeones,
Y á perecer á impulso de mi fuego.
Salgan si tienen honra y son varones:
Salgan, sùs ... hasta verlos no sosiego: ..
A los diez reto: .. á todos desafio,
Que uno es muy poco para el brazo mio.

Pero no, no saldreis, que ya os asusta
Mi voz terrible semejante al trueno,
Y no quereis conmigo entrar en justa,
De espanto y de pavor excluido el seno:
No es lo mismo mirar mi saña adusta
Que hacer alarde del amor sereno,
Y vosotros que en él ardeis menguados,
Quedareis de mi brazo escarmentados.

Dixo y blandió la lanza poderosa,
Y crugió la durisima armadura,
La multitud pasmada y silenciosa
Tiembla de ver tan desigual bravura:
Y Doña Luz turbada y congojosa
Palida y llena de mortal tristura,
Asi propia se culpa, y demudada
Mira á su amante enmedio la estacada.

Los nueve denodados caballeros,
Que con ultrage tal se ven retados,
Ardiendo en honra aprestan los aceros
En venganza justísima inflamados:
Mas se oponen los jueces, que severos
Les dicen, y los dexan aquietados
Que al caudillo la lid le toca en suerte,
Quien de este modo respondió al Esberte.

A la verdad altivo caballero
No es propio de valientes infanzones
Decir denuestos quando el nóble acero
Puede escuchar palabras y razones:
No me pasma tu tono audaz y fiero
Ni asusta á mis ilustres campeones,
Mas vamos á lidiar que muy contento
Quiero probar tu decantado aliento.

Y Claramonte entonces que lo mira
Con menosprecio, dice: pues el hado
A que llegue tu fin solo conspira,
Preparate á morir, desventurado,
Y á tomar campo al punto se retira,
Suero tambien le toma el á otro lado,
Y mira al rostro de su hermosa dama,
Y amor le anima y el honor le inflama.

Atonito el concurso numeroso
De timido palor cubre el semblante,
Esperando ya el exîto dudoso
Del fiero choque horrendo y resonante.
Suena el ronco clarin estrepitoso,
Y al escuchar la seña en el instante
Uno y otro guerrero aguija y vuela,
Alto el escudo enristre la arandela.

No dos contrarios silvadores vientos
Se encuentran en Occeano estendido
Alzando sus hondisimos cimientos,
Con ronco hervor, y horrisono zumbido;
Como los dos con animos sangrientos,
Obedeciendo al belico sonido:
Chocaron levantando densa nube
De ardiente polvo, que hasta el cielo sube.

Esberte con tal impetu á Quiñones
Tocó en el pecho con la dura lanza,
Que casi le sacó de los arzones,
Tal era de su fuerza la pujanza:
Le abolló los esmaltes y florones
Del ancho peto, que de lleno alcanza,
Y resbalando luego al guarda brazo,
Le destrozó la banda, y rompió el lazo.

Dió el palido concurso un alarido
Creyendo que Quiñones muerto fuera,
Y Doña Luz con el color perdido
En lagrimas amargas prorumpiera.
Suero que ve su lazo destruido,
El bello lazo, que su amor le diera,
Y en el suelo su aljofar derramado,
Jura venganaza en ira trasportado.

Queda orgulloso Claramonte y fièro,
Y su victoria como cierta mira:
Arde en venganza el inclito Don Suero,
Mira á su dama y animo le inspira:
Y animado y valiente va ligero
Lleno el pecho de noble y justa ira
A travar nuevamente la contienda
Con Esberte que viene á toda rienda.

Don Suero en los estrivos se levanta
Y por inutil la tarjeta arroja,
Y ansioso de batalla se adelanta
La lanza enristre, y con la rienda floxa:
Y al de Aragon hirió con furia tanta,
Que la acerada punta en sangre roxa
Pasó de parte á parte el pecho fiero
Del jactancioso bárbaro guerrero.

Del modo que alto roble en la montaña
Despues de resistir del raudo viento
La silvadora resonante saña
Intentando escalar el firmamento;
Con estruendo y pavor de la campaña
De ardiente rayo herido en un momento
Cae destrozado; de la misma suerte
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.

Resonaron mil vivas y canciones
Con regocijo de uno y otro lado,
Elogiando al bravisimo Quiñones,
Que al orgulloso dexa castigado.
Desocupa el caudillo los arzones
Viendo que pues el sol ya se ha ocultado
Ha dado cima á su esforzado intento
Y así á los jueces dice en alto acento.

Ya ó jueces mi rescate veis cumplido
Quitarme puedo el hierro que me enlaza
Pues que mi libertad he conseguido
Lidiando á vuestra vista en esta plaza.
Dixo: y con brazo fuerte del ergido
Cuello la argolla rompe y desenlaza
Y levantada en alto la demuestra
Al concurso que ciñe la palestra.

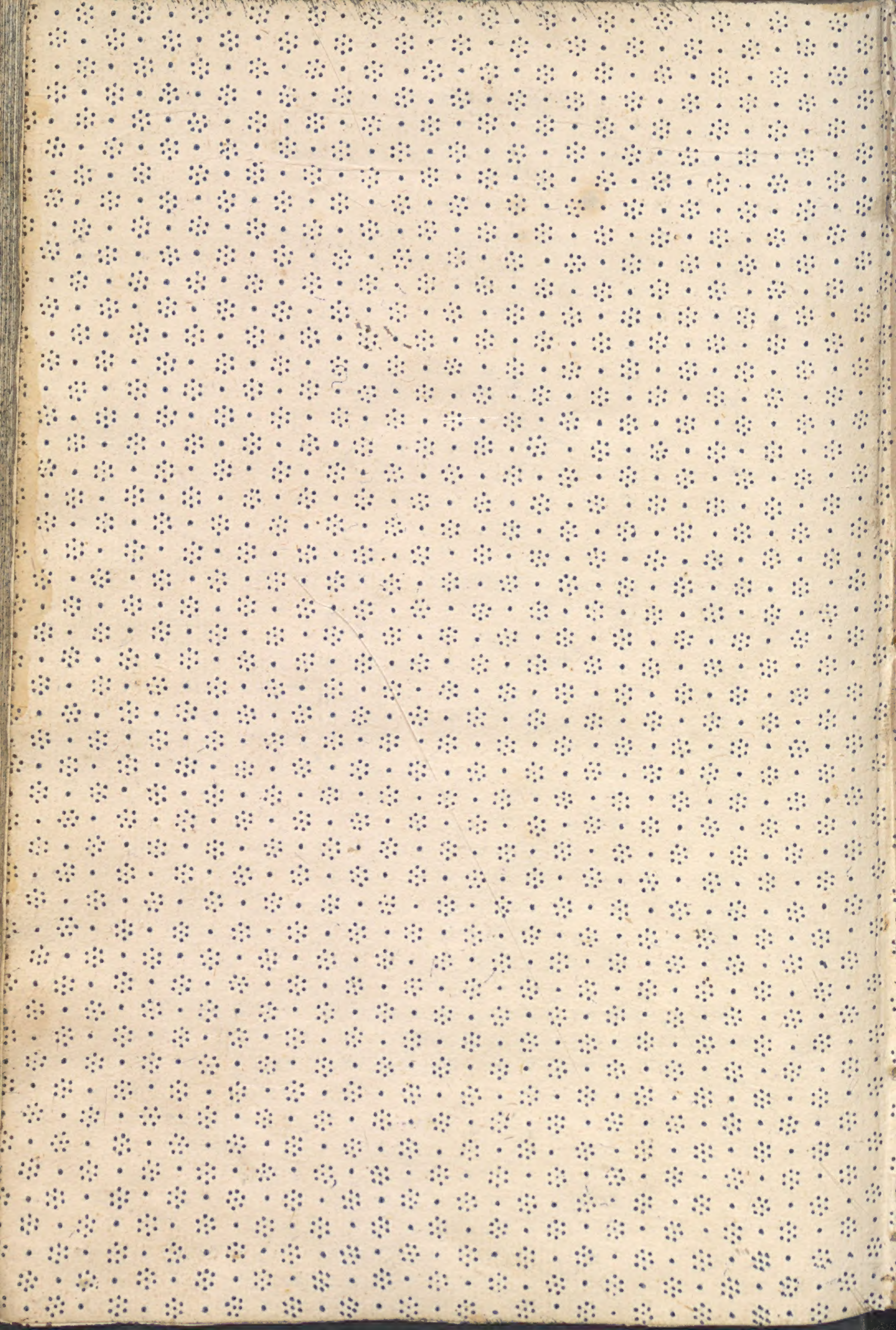
Y con los nueve ilustres justadores,
Llamados desde entonces de la fama,
Cercados de padrinos y señores
Sube al balcon de quien su pecho inflama:
Y al sonar de añafiles y atambores
Sin argolla se rinde ante su dama,
Quien le dice con rostro ruboroso,
Alzad, noble Quiñones, sois mi esposo.

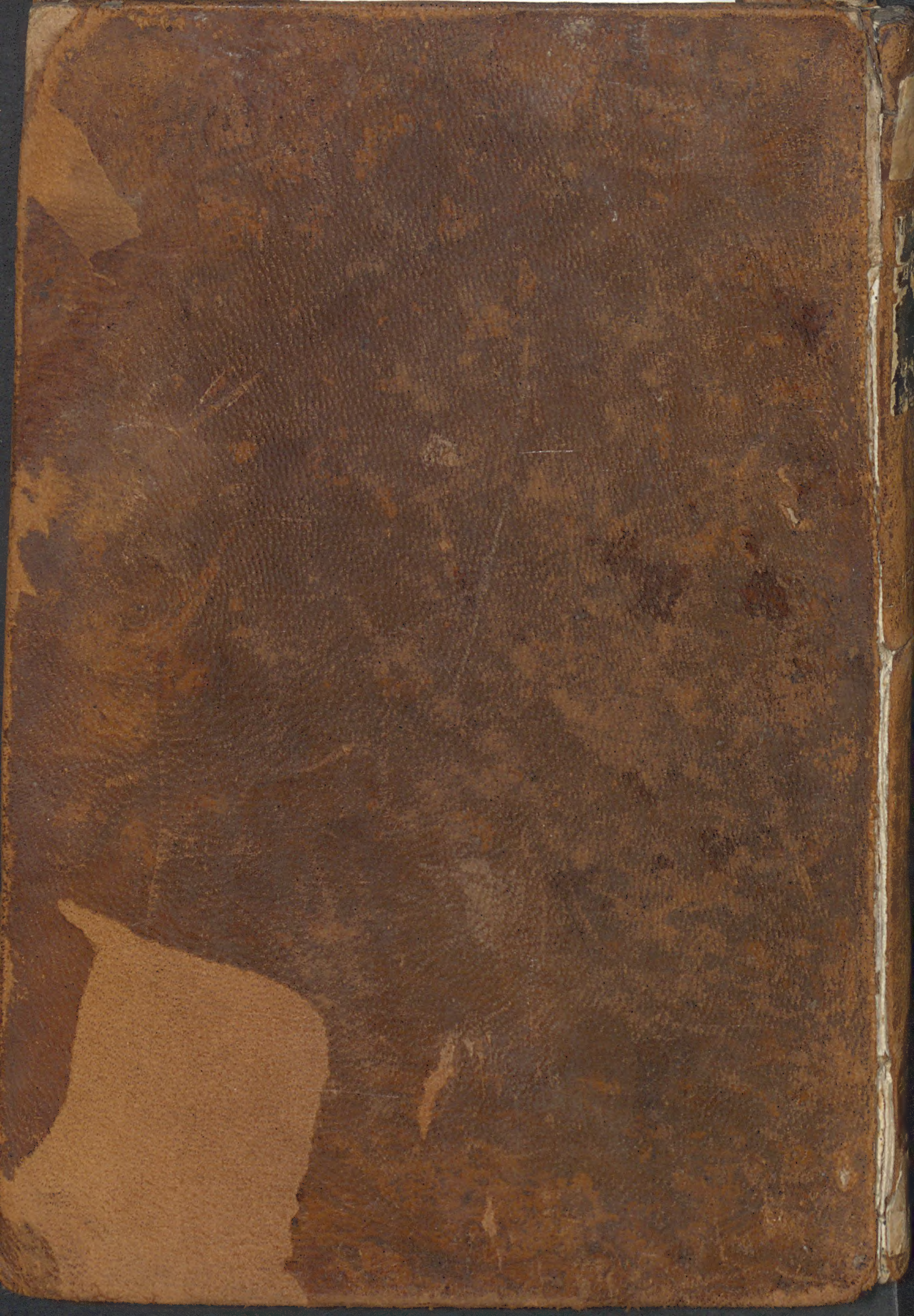


ERRATAS.

Pagina.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
7	34	Despues besar	*Despues de besar.*
12	23	risueno	*risueño.*
16	47	remoras	*rémora.*
25	26	como lo está	*como está.*
32	30	Sobre ellas	*Y sobre ellas.*
42	44	mavorte	*Mavorte.*
49	31	Y estando	*Y en tanto,*
65	3	lo	*le.*
83	29	v	*y.*
89	8	verde	*verdes.*
91	11	marte	*Marte.*
93	15	taja	*tarja.*
96	30	arues	*arnés.*
97	9	entonces	*entonce.*
Ibid.	31	milito	*ínclito.*
98	3	en frondoso	*en el frondoso.*
Ibid.	12	hasta	*ásta.*
Ibid.	21	Pasar	*Parar.*
99	15	y el susto	*el susto.*
100	5	orbigo	*Orbigo.*
Ibid.	7	alhamedas	*alamedas.*
102	13	veligero	*ve ligero.*
103	8	Bella	*bella.*
Ibid.	14	luz	*Luz.*
Ibid.	28	ceyo	*ceño.*
104	23	curadlo	*curallo.*
Ibid.	30	abrasaba	*se abrasaba.*
109	17	grama	*grana.*
111	22	*f*arante	*faraute.*
115	15	mi	*un.*
118	18	milito	*ínclito.*
119	14	Sañudo	*sañudo.*
Ibid.	28	excluido	*enchido.*
120	20	escuchar	*escusar.*

NOTA. Ademas de los yerros corregidos, hay algunos otros de menos consideracion particularmente de Ortogra*f*ía, inremediables en las obras que no se imprimen á la vista de su autor.






41
POESIAS
DE
SAAVED
127